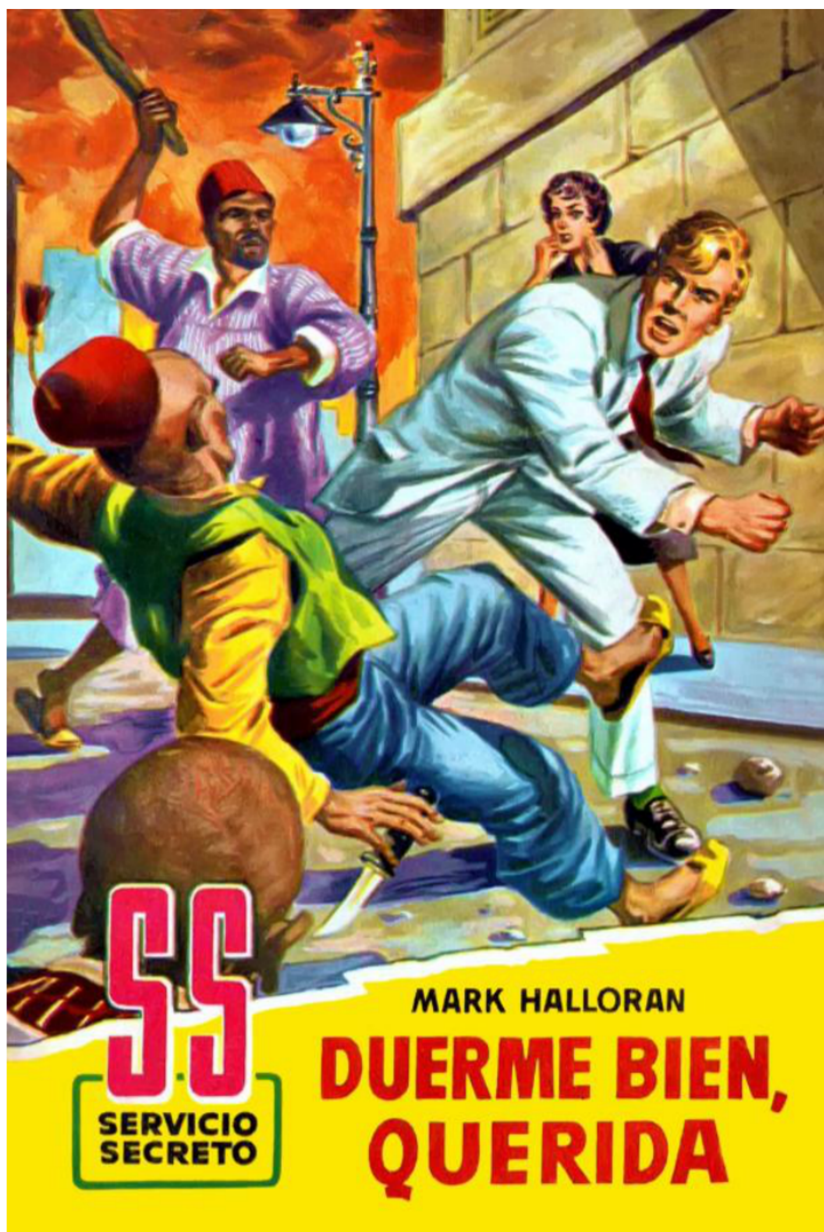


SS
SERVICIO
SECRETO
MARK HALLORAN
DUERME BIEN,
QUERIDA

MARK HALLORAN

DUERME BIEN, QUERIDA

1ª EDICIÓN
DICBRE. – 1957



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

Impreso en los talleres de

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

313 — ¡Volad, insectos de plomo! 480 — El hombre de Dodge.

En Colección BUFALO:

21 — Rojo, color de sangre. 27 — Rastros humeantes. 61 — Ha llegado un hombre. 188 — Jinetes en el cielo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

343 — Muerte para dos. 350 — En la lista negra. 357 — Lobos en Harlem. 363 — Reactores malditos. 379 — El sentimental.

En Colección CONGO:

4 — Los diamantes de Kwan.

Duerme bien, QUERIDA



por MARK HALLORAN

CAPÍTULO I

Gritaban como si los estuvieran torturando. Descalzos, desharrapados, cubiertos de roña y de miseria, agitaban amenazadoramente sus brazos sarmentosos, manchados aquí y allá de pústulas y cicatrices. Sus rostros, cuyo color variaba desde el negro-pardo de los sudaneses o el negro-azul de los pueblos del curso medio del Nilo, al blanco casi puro de los árabes, se contraían en muecas de furor. Los ojos les saltaban de las órbitas. Sudaban, corrían, se contorsionaban. Se los hubiera creído una comparsa de borrachos.

Sin embargo, no todos eran iguales. Había excepciones, y era a las excepciones a quienes dedicaba Boyd Musgrave su atención: jóvenes pulcros, de aspecto eficiente, que lanzaban antes que nadie la frase oportuna, que se mezclaban con naturalidad entre el gentío, que mantenían los ánimos caldeados exactamente hasta el grado necesario, que canalizaban los movimientos de la multitud sin que ésta lo notase. Musgrave sonreía. Había visto docenas de veces en docenas de ciudades de todo el mundo manifestaciones organizadas, y él mismo, años antes, había intervenido en muchas de ellas como agitador. Lo que ahora presenciaba no podía sorprenderle. No era ni siquiera un buen trabajo. Incluso un niño hubiera conseguido excitar y gobernar aquella lastimosa masa de parias ignorantes, escoria de todos los desiertos africanos.

La mujer que estaba a su lado preguntó a media voz:

—¿Qué es lo que quieren? ¿Usted comprende lo que dicen?

Musgrave respondió sin mirarla:

—Lo comprendo a medias.

—¿Y bien?

—El monarca de un país extranjero ha depuesto a su primer ministro y lo ha substituido por otro. El cambio no les gusta. Piden la muerte del monarca.

—¿De un país extranjero? —El tono de la mujer reflejó incredulidad—. Eso debería tenerles sin cuidado.

—En nuestra época nada le tiene a nadie sin cuidado. Nadie puede permitirse el lujo de ser espectador: se lo impiden por la fuerza, si es preciso. Como a esos infelices. Ni siquiera saben quién es el hombre cuya muerte piden, no lo reconocerían ni aunque lo tuvieran ante los ojos; pero el hecho de que se manifiesten y griten lo que gritan tendrá consecuencias políticas beneficiosas para quienes los soliviantan, y ahí están.

—Es horrible —dijo la mujer.

—Es maravilloso —replicó Musgrave—. Ejercitan las cuerdas vocales, y ello hace que se sientan importantes y, por tanto, felices. Tienen algo que gritar. Si a mí me pusieran en su lugar, gritaría: «¡Viva yo!», y se habría terminado mi repertorio. Años atrás quizá hubiese añadido: «¡Muera Holling!», pero ahora, Holling ya ha muerto.

—¿Quién era?

—¿Holling?

—Sí.

—Uno que me hizo una cochinada.

El grueso de la manifestación había pasado. La mujer se apartó de la ventana. Como Musgrave, había estado mirando al exterior por una rendija de la persiana graduable.

—Es una idea. Si yo hubiese de gritar algo en este momento, sería: «¡Muera Johnny Allen!»

—¿Quién es Johnny Allen?

—El culpable de que me encuentre bloqueada aquí. Me ha citado a las seis. Son cerca de las siete, y esto no lleva trazas de terminar.

Musgrave soltó la persiana.

—Pobre tipo.

—¿Johnny?

—Le compadezco a él, sea quien sea; no a usted. Por una cita con usted desafiaría cualquiera a la muerte. Estará rabiando de desesperación, y lo merece si una simple algarada callejera le impide venir. ¿Cobarde? ¿Insensible?

—Usted me alarma.

—¿Por qué?

—Aquí hay teléfono. Johnny habría avisado. Quizá sea cierto que ha desafiado a la muerte…

Llegó de la calle un coro de alaridos y un estrépito de cristales rotos. Musgrave miró fijamente a la mujer. Pese a lo que había dicho de la alarma, se mostraba absolutamente tranquila. Él pensó que guardaría agradecimiento eterno a Johnny Allen por haberla citado en aquel lugar, y a los organizadores de la manifestación por haberla retenido; a uno y otros debía el placer de haberla conocido, que no era poco. El placer de verla y admirarla. Una delicia.

Hallarse ante ella producía una sensación primaveral Era de mediana estatura y poseía la clase de figura, tan poco frecuente, que lo mismo le arranca un silbido a un soldado que presta valor a un modelo de alta costura: línea equilibrada, en la que nada se echa de menos. Pero el atractivo mayor residía en su rostro de pómulos ligeramente pronunciados, ojos verdes, sensitiva nariz, boca carnosa, mentón firme; un rostro exótico, cuya expresión franca guardaba ese fondo de misterio que es imprescindible para que una mujer resulte de verdad interesante. Tenía el cabello negro con reflejos rojizos, corto, rizado, cuidado en su aparente desorden. Tenía, sobre todo, algo que Musgrave no hubiera podido expresar, algo magnético, que obraba sobre los sentidos como una caricia o un perfume sin ser un perfume ni una caricia.

Hablaba en correcto inglés; demasiado correcto, como solo una extranjera lo hubiese hablado. Llevaba un vestido de color marfil, un abrigo ligero, zapatos rojos y bolso rojo. Su ropa procedía indudablemente de París, pero ella no era francesa; Musgrave hubiera jurado ambas cosas.

En la calle, el estrépito de cristales rotos repitióse. Sonó un tiro a lo lejos, en dirección a la plaza de Cheik Omar.

La mujer dijo:

—Empiezan de nuevo.

El sitio donde se encontraban no ofrecía peligro. Era un bar lujoso de la Avenida Mahjub, pero su propietario había cerrado las puertas metálicas apenas comenzaron los disturbios y no tenía encendido sino una pequeña lámpara sobre el mostrador, invisible desde fuera, donde brillaba aún el sol de la tarde. Al cerrarse las puertas, los clientes habían quedado dentro: tres hombres gruesos, un oficial del Ejército, un matrimonio europeo de cierta edad,

Musgrave y la muchacha. Llevaban cerca de una hora allí, sin otra diversión que contemplar de vez en cuando la calle por los resquicios de la persiana interior que cubría los ventanales de arriba abajo.

Musgrave sugirió:

—Bebamos otra copa. Es un buen modo de matar el tiempo.

La mujer asintió con un suspiro y le precedió camino del mostrador.

—Odio esta ciudad —dijo—. Odio el jaleo, las algaradas, los ruidos, las voces, y aquí todo esto la abruma a una. Odio el contraste entre miseria y riqueza. Odio los perfumes orientales y el hedor de la porquería oriental… Bueno, bebamos otra copa —se instaló ágilmente en un escabel—. Mi nombre es Ulma Strauss, ¿y el suyo?

—Boyd Musgrave.

—Americano, por supuesto.

—De Kentucky.

—Austríaca. Jefe del Servicio Cultural de nuestra Embajada.

—Comerciante. Agente de «Aberdeen-Musgrave Company», de Louisville. —Musgrave estaba diciéndose que, en efecto, ella no podía ser más que austríaca, que debió haberlo adivinado—. Fertilizantes y maquinaria agrícola al por mayor.

El barman les sirvió *whisky*.

—Por Kentucky —dijo la muchacha, alzando el vaso.

—Por Austria —respondió el americano—. ¿Nostalgia del hogar, dulce hogar?

Su tono era burlón. Ulma le miró con recelo.

—¿Usted no?

—Me siento mejor cuanto más lejos de casa.

—Oh, ya veo. El hombre de hierro, sin las pequeñas debilidades burguesas. El desarraigado. Un tipo de película.

Musgrave sonrió.

—Me sorprende que diga eso. Otra hubiera pensado que huyo de casa porque mi mujer me hace la vida imposible.

—Usted es soltero.

—¿En qué lo nota?

—En sus ojos —la muchacha señaló disimuladamente hacia el extremo del bar—. Fíjese en ese oficial. ¿Advierte de qué modo me

está mirando? ¿Distingue sus pupilas?

—¡Hum! —murmuró Musgrave.

—Casado, y con seis hijos por lo menos. Su mujer pesa alrededor de ochenta kilos. Pregúnteselo. Me juego el *whisky*.

Musgrave no se movió. Su oído le indicaba que en la calle había cesado por completo el estrépito. En un instante parecía haberse restablecido la calma.

Consultó su reloj.

—Creo que me arriesgaré a salir —dijo—. Tengo un compromiso importante, y acaso sea ahora la ocasión.

La muchacha descendió inmediatamente del escabel.

—Lléveme con usted…

—Lo siento, no sería prudente. No es lo mismo…

—Muy bien, saldré sola. No aguanto más aquí —Ulma apuró el *whisky* de un trago y abrió su bolso rojo—. Esta ronda corre de mi cuenta.

Musgrave se encogió de hombros y la dejó hacer. Luego pagó los vasos que bebiera anteriormente y pidió al barman que le abriese la puerta. Al barman, la petición no le gustó.

—Señor, usted ha perdido la cabeza —hablaba un inglés sibilante—. Ponga a un europeo ante las turbas si quiere verles cometer un asesinato. La tranquilidad es engañosa.

—Yo no soy un europeo.

—Perfectamente, señor. Trate de explicarlo mientras estén linchándole —el barman abandonó el mostrador y se dirigió a la puerta metálica—. Una muerte rápida es lo mejor que puedo desearle.

La puerta tenía un portillo, que el barman abrió. La Avenida Mahjub se veía desierta, sumida en el crepúsculo.

Súbitamente, el oficial del Ejército se interpuso ante Musgrave.

—¿Qué pretende?

—Dar un paseo —dijo el americano—. Hace calor aquí.

—¿Con la señorita?

Ulma se adelantaba ya hacia el portillo.

—Si ella lo desea, ¿por qué no?

—No consentiré semejante locura —el oficial, enérgicamente, posó la mano en la funda de su pistola y alzó la tapa—. La responsabilidad de lo que…

Un mazazo de Musgrave, directamente conectado a su mentón, le interrumpió en seco. Su cabeza produjo gran estrépito al golpear contra la puerta metálica. Se deslizó al suelo lentamente.

—Dígale, cuando despierte —advirtió al barman—, que ver a alguien tocando armas me saca de quicio. No ha habido mala intención.

Traspuso el portillo. La muchacha estaba ya fuera.

—No debió hacer eso. Esta gente es tan susceptible… Puede costarle caro, y lamento que en parte haya sido culpa mía.

—Caprichos de mujer —Musgrave escrutó atentamente la calle —. A usted le convendría una sesión de linchamiento. Vamos, ¿adónde he de acompañarla?

—Puedo ir sola.

—Seguro. ¿A dónde?

—No está lejos. Calle Yahya, dos más allá, a la derecha.

Echaron a andar.

—Su cita con ese Johnny, ¿era cenar juntos?

Ulma miró al americano de reojo.

—Sí —titubeó—. ¿Aceptaría sustituirle? Tengo algunas cosas en la nevera, botellas en el bar, buenos discos y un departamento confortable. Soy una cocinera no del todo mala.

Musgrave chasqueó la lengua.

—Lo de mi compromiso importante era verdad.

—Entiendo.

—No lo tome a desaire: el panorama que ha pintado me seduce. ¿Por qué no mañana?

Ella hizo un gesto vago.

—Cada cosa tiene su momento… —Truncó la frase repentinamente—. Eh, vea, ¡cuidado! ¡Volvamos atrás!

—No —Musgrave la asió del brazo—. Es demasiado tarde.

Se habían casi topado con un grupo que descendía por la calle lateral. No lo formaban mendigos zarrapastrosos, sino hombres en su mayoría jóvenes, probablemente funcionarios y estudiantes. Avanzaban en silencio, como guiados por un propósito definido. Muchos de ellos empuñaban bastones, y otros piedras, y unos pocos armas blancas, pero armas de fuego no se veía ninguna.

El silencio no se interrumpió. Sin embargo, el grupo adoptó un aire de inequívoca amenaza; y en cuanto sus componentes llegaron

a la esquina, no titubearon en rodear a la muchacha y al americano.

Musgrave comprendió que iba a jugarse la piel, que ni argumentos ni imprecaciones servirían de nada. Rápidamente empujó a Ulma hacia la pared y la protegió con su cuerpo. Casi sin darle tiempo a ello, el ataque se produjo: esgrimiendo sus bastones, llameantes de odio los ojos, los hombres que se hallaban más próximos se precipitaron contra él.

Ninguno había pronunciado una sola palabra.

CAPÍTULO II

Un cambio sorprendente se operó en Musgrave: perdió de pronto su aparente frialdad, su aire como de pereza, y hasta su aspecto civilizado. Una fiera semejó despertar en su interior, pero una fiera perfectamente controlada por la mente del hombre. No hizo un solo movimiento vano. Cuando el primero de sus enemigos llegó a su alcance, su mano izquierda le inmovilizó el brazo con que sostenía el bastón, mientras que la derecha le descargaba en el cuello un golpe. Parecía un golpe leve. Sin embargo, el individuo aulló de dolor. En la fracción de segundo siguiente, Musgrave lo había volteado. Su cuerpo, proyectado contra dos de sus compañeros, los derribó en tierra.

El americano acometió con furia endemoniada, aprovechándose de la confusión. Otro enemigo cayó en sus garras, y su suerte fue semejante a la del anterior. Los demás retrocedieron algunos pasos. Musgrave, de repente, se encontró solo. No había recibido sino unos bastonazos sin importancia.

El grupo formaba un círculo como a tres metros. Los que habían sufrido castigo eran atendidos detrás. Aunque hostiles, los rostros traslucían ahora más respeto que odio.

—¡Largo de aquí! —ordenó Musgrave autoritariamente—. ¡Romperé el cuello al próximo que me intercepte el paso! —Sus esfuerzos por expresarse en el dialecto árabe hacían su voz más dura—. ¡Soy ciudadano norteamericano y no tolero insolencias de una banda de piojosos!

El grupo, todavía en silencio, retrocedió perceptiblemente.

Ulma dijo a media voz:

—Policías.

Musgrave descubrió, mirando por el rabillo del ojo, que una camioneta ligera, de fabricación rusa, avanzaba lentamente por la calle. Una patrulla de policías viajaba en ella.

—Vamos —el americano tomó del brazo a la joven—. Ya no tenemos nada que temer. No se atreverán a repetir el ataque.

Cuando ambos echaron a andar, efectivamente, los alborotadores abrieron sus filas y les permitieron pasar sin ni siquiera un gesto agresivo, ni un insulto. Los policías proseguían su avance en actitud de aparente indiferencia. Momentos después, Musgrave y la muchacha doblaban la esquina de la calle Yahya.

No se advertía señal de nuevos peligros.

—Bueno —suspiró Ulma—, creo que nos hemos salvado por hoy, o al menos me he salvado yo. Mañana, vuelta a empezar. Pero no olvidaré la sorpresa mayor de mi vida.

Musgrave enarcó las cejas.

—¿Tanto la han asustado esos infelices?

—Tanto me ha asustado usted. He tenido la sensación de que veía pelear a un leopardo. ¿Dónde aprendió esas terribles mañas?

—En casa, por correspondencia.

El tono de la muchacha traslucía sincera admiración.

—¡Qué extraordinario! Un tipo indolente que bebe *whisky* como si fuera agua, o sea que no cuida su forma física, hace frente a todo un enjambre de facinerosos, pone fuera de combate a media docena, ¡y ni siquiera se le estropea el nudo de la corbata! Mi estupendo hombre-leopardo, ¿permitirá que requiera su compañía cada vez que haya de salir a la calle?

—Sería un placer permitírselo. Desgraciadamente, la venta de maquinaria agrícola exige el sacrificio de muchos placeres.

—Usted desperdicia su tiempo.

—Quizá.

—No es la clase de persona que le vende cosas a nadie. Quien zurra a la gente como lo hace usted, quien se atreve a desafiar a un ejército de asesinos llamándolos piojosos, está destinado a otra clase de empresas.

—Lo de piojosos no era un desafío —replicó calmosamente Musgrave—. Los pueblos primitivos, sienten respeto por los alardes de fuerza y autoridad. Mejor que a razones, se someten al garrotazo y al grito. Y no se trataba de un ejército de asesinos, sino de un puñado de burócratas cobardes. No busque mérito donde no lo hay.

—Sé lo que digo —Ulma se detuvo y añadió—: Hemos llegado. ¿De veras no quiere subir a cenar?

El americano lanzó una mirada a la casa e hizo una mueca de aprobación. Era un esbelto edificio alzado en medio de un jardín, de lo más nuevo que podía encontrarse en la europeizada zona residencial de la ciudad. Si estaba todo él destinado a apartamentos, debía de contener varios centenares.

—Subir a cenar con usted es algo que deseo con toda mi alma. Desgraciadamente, la venta de maquinaria agrícola exige el sacrificio de muchos deseos.

—¿Se sabe ese disco de memoria?

—Sí.

—Muy bien. En cualquier momento que decida prescindir de sacrificios, llámeme ahí o a la Embajada. No olvidaré lo que le debo, hombre-leopardo.

—¿Qué me debe?

—La vida.

—Usted me confunde con su padre —replicó el americano, indiferente—. Hasta la vista, señorita Strauss. Si las cosas continúan como hoy, mañana le convendría pillar un resfriado que la impidiera salir de casa. ¿Nos entendemos?

—Lo importante sería que nos entendiese el embajador. Gracias, de todos modos. Cuento con su llamada, no me defraude.

Musgrave permaneció inmóvil en la acera, con las manos en los bolsillos, hasta que Ulma hubo atravesado el jardín y desaparecido de su vista. Entonces comenzó a caminar rápidamente.

Toda aquella zona de la población, bella, moderna y lujosa, donde tradicionalmente residieran los diplomáticos y hombres de negocios extranjeros, junto con no pocos grandes propietarios, grandes señores y grandes comerciantes del país, aparecía, desierta. Las turbas, los manifestantes y los revoltosos estaban ahora lejos, pero el recuerdo de anteriores experiencias de carácter parecido infundía temor a la gente; temor justificado, además, por la escasez de patrullas policíacas en el extenso distrito.

Musgrave anduvo con determinación. Ante él, a alguna distancia, se inició un tiroteo que duró un par de minutos. Pasó una ambulancia. Hacia el oeste ascendía una negra columna de humo. Como veinte hombres corrían al fondo de una calle.

En los confines del barrio indígena, el americano se detuvo. Había allí un pequeño café de apariencia bastante civilizada, cuyas

puertas exteriores, de madera, estaban cerradas como las de casi todos los establecimientos comerciales. Musgrave examinó el café y miró a derecha e izquierda, para asegurarse de que no se había equivocado. Luego golpeó las puertas con los nudillos.

Se abrió una mirilla. Una voz ordenó en árabe:

—¡Márchate, loco del diablo!

—Bazuk me espera —dijo Musgrave—. Ha de estar ahí.

No obtuvo, por el momento, otra respuesta que el cierre de la mirilla. Ésta volvió a abrirse al cabo de un instante.

—¿No teme usted que le linchen, señor Musgrave? —preguntó otra voz, ahora en inglés y con inflexiones burlonas.

—Ábrame. No hay el menor peligro.

Después de una corta pausa sonó ruido de cerrojos y se entreabrió una de las hojas de la puerta. Musgrave se introdujo por la abertura. El café estaba vacío, con excepción de dos hombres, que eran quienes habían abierto: pequeño, rollizo y tocado con un *tarbuz*, uno, y alto, joven, de tez oscura, extremadamente flaco el otro. Este último sonreía exhibiendo unos largos dientes amarillos.

—Ya ve, señor Musgrave, que le he esperado a pesar de su demora —dijo—. Tenía gran interés en hablar con usted.

—No lo dudo.

—Sígame, por favor.

Apartó al hombre pequeño, sin duda dueño o encargado del local, con un desdeñoso empellón, y condujo al americano al extremo más remoto de la sala. Pese a que se trataba de un café indígena, había mesas y sillas en lugar de los usuales cojines. Adornaban la pared el cartel de una compañía de aviación y los calendarios de dos marcas de bebidas carbónicas.

—Señor Musgrave, usted no ignora que yo he trabajado en anteriores ocasiones para ustedes. Soy de entera confianza. Podemos, pues, hablarnos sin circunloquios.

Musgrave miró a los ojos al hombre de los dientes amarillos.

—Creo que se equivoca. Desconozco sus antecedentes. En mis informes no aparece por ninguna parte el nombre de Ibrahim Bazuk relacionado con el negocio de fertilizantes, ni tampoco con el de maquinaria agrícola.

—Le suplico que no desbarre —replicó Bazuk con cierta violencia—. Guárdese los fertilizantes y la maquinaria donde le

quepan. Usted ha estado ya tres veces operando en este país, dos con el nombre de Musgrave y una con el de Adams. De los últimos quince años ha pasado en África del Norte por lo menos ocho. Su actividad fue especialmente intensa durante la guerra, e intensísima en los meses anteriores al desembarco en Casablanca. Aprendió casi todo lo que sabe junto a Ralph Harding, del *Intelligence Service* —Bazuk recobró su desagradable sonrisa—. Harding fue también mi maestro, compañero y amigo antes de que las hormigas lo devorasen en el casis de Jalma. Yo he servido a los agentes ingleses hasta la crisis del Canal. Ahora estoy ocioso.

—Envidiable situación —dijo Musgrave. No aparentaba sentir por lo que oía el menor interés—. Usted ha enviado una nota a mi hotel citándome en este antro. Aludía en la nota a un negocio. ¿Consiste el negocio en que yo escuche sus lecciones de historia?

—Eso puede ser el preludio.

—Vuelva la hoja, entonces.

Bazuk se inclinó hacia adelante frotándose las manos.

—Suponga usted que contempla el escaparate de un comercio. Hay en él cosas tan apetitosas como el texto completo de la última conversación entre el Presidente y el embajador de la U. R. S. S… como el número y características de los aparatos de nuestra reserva aérea secreta, como el plan de operaciones del Estado Mayor… Le invito a que fije usted mismo el precio de cada cosa.

—¿Eso es todo?

—Puedo conseguir mucho más.

Musgrave retiró su silla y se puso en pie.

—Debí suponer que perdería el tiempo. Ofrezca esas cosas a quién le interesen, amigo.

—¿Cómo?

—Yo soy un vendedor, no un comprador. Abonos químicos, segadoras, trilladoras mecánicas, tractores, arados, colectoras de algodón. Se lo he advertido hace un momento.

—Bromea.

—Interprételo como guste. Adiós, señor Bazuk.

El hombre se precipitó en su seguimiento.

—¡Eh, aguarde! ¿Estoy soñando? ¡Le he hecho la mejor oferta de mi vida! ¿Es usted Musgrave, Adams, Jason, o Jimmy, como le llamaban durante la guerra, y sin embargo la rechaza? ¿Se ha

vuelto loco?

—Loco del diablo —dijo el americano, en árabe, repitiendo las palabras que el sujeto del *tarbuz* le dedicara a través de la mirilla—. Llame a otra puerta, hermano. Quizá tenga mejor suerte.

Bazuk estaba perplejo.

—¿Quiere explicarme, puesto que informes tan buenos como los míos no le interesan, qué ha venido a buscar a este país?

Musgrave, ya en la puerta y tirando del cerrojo, soltó una sorda carcajada.

—Por descontado, no el trato con montones de estiércol como usted. Apuesto mil contra uno a que no sabe de nadie dispuesto a comprar una colectora de algodón. Cuando lo sepa, llámeme y le escucharé gustoso.

—¿Ha pensado lo que dice?

El americano abrió la puerta.

—Siempre pienso lo que digo, aunque no siempre diga lo que pienso. ¿Por qué?

—Oh, pues porque podría arrepentirse.

—¿Qué edad tiene usted, Bazuk?

—Cuarenta.

Musgrave sacudió la cabeza.

—Cuide su salud —dijo suavemente—. Sería una pena morir tan joven.

Esperaba que aquella frase le sirviese de despedida, pero Bazuk todavía le cerró el paso.

—Usted no me comprende, señor Musgrave.

—Le comprendo maravillosamente bien.

—No. La muerte es algo que deseo. O la muerte, o dinero en abundancia: ambas cosas permiten olvidar. Con los términos medios no transijo. Antes prefiero morir joven.

—Lo tendré en cuenta.

Musgrave respiró profundamente al salir a la calle. Había anochecido. Reinaba calma absoluta. El alumbrado público se había encendido con normalidad.

Consultó su reloj, y durante unos segundos pensó que no era aún demasiado tarde para aceptar la invitación de Ulma Strauss y cenar con ella. Echó a andar en dirección a su casa. A medio camino, empero, mudó de opinión y se encaminó al hotel. No lo hizo por un

motivo concreto. Simplemente, se le habían pasado las ganas: le había quedado de la entrevista con Ibrahim Bazuk una especie de mal sabor de boca.

En el trayecto hasta el hotel se percató de que los disturbios habían definitivamente terminado. Las patrullas de policía eran mucho más numerosas, funcionaban los transportes públicos y circulaba la gente. No pocos cafés y cinematógrafos estaban abiertos.

El conserje del hotel le dijo:

—Hay un paquete para usted, señor Musgrave.

Lo había.

CAPÍTULO III

Johnny Gunther estaba tendido encima de la cama cuando Musgrave entró en la habitación. Tenía al alcance de la mano un servicio completo de *whisky* y fumaba un cigarrillo de penetrante aroma. Era un hombre de casi cincuenta años, corpulento, ligeramente calvo, de rostro duro e inteligente y aspecto de prosperidad; la clase de hombre que suele hallarse al frente de una compañía de seguros, tras de la mesa de un abogado importante o a la cabeza de una gran industria.

—Tormentas de verano —dijo—. Poseía una voz profunda, bien timbrada. —Los manifestantes, con la garganta seca, se han marchado a cenar, cosa que tú y yo debiéramos haber hecho también. ¿Qué quería Bazuk?

—Vender informes diplomáticos y militares. La pista ha resultado falsa. Había oído hablar de mí, por lo que se ve: fue compañero de Harding. Total, tiempo perdido.

—Bazuk está en la sopa.

—Eso me dio a entender.

—He averiguado algunas cosas esta tarde —Gunther aspiraba el humo de su cigarrillo con delectación—. Ibrahim Bazuk fue durante años un auxiliar valioso de los agentes ingleses, e incluso a nosotros nos prestó algunos servicios. De pronto, ha roto esta clase de relaciones. Hasta tal punto las ha roto, que se atribuye a él la culpa de la detención de Selim Hachira, Charleston, Harris y todos los elementos del *Intelligence Service* que cayeron en la redada de noviembre.

—Un traidor —asintió Musgrave—. Dos veces traidor, y encima arrepentido —estaba pensando en lo que Bazuk le había dicho respecto a que la muerte y el dinero «permiten olvidar»—. Basura. Sus propios compatriotas le pegarán un tiro un día de éstos.

Avanzó hacia la cama para servirse *whisky*, y entonces vio

Gunther el paquete que tenía en la mano. Era un envoltorio de recio papel moreno, con una etiqueta pegada.

—¿Qué traes ahí?

Musgrave arrojó el paquete sobre el lecho.

—No lo sé. Estaba abajo. Viene a mi nombre.

Gunther manipuló los cordeles, rasgó el papel y sacó una cajita de embalaje. La tapa de ésta se hallaba fijada por medio de tachuelas.

—¿Abro?

Musgrave echaba *whisky* en un vaso. Dijo tranquilamente:

—De no ser por su poco peso, juraría que en esa caja hay una bomba. Pero algo hay. Ha sido traída a mano por un pilluelo. Yo no espero paquetes de nadie, de modo que, si lo abres, no olvides las precauciones.

—Okey —asintió Gunther.

Saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

Un momento después, cuando se hallaba a medio beber su *whisky*, Musgrave le oyó llamar:

—¡Boyd! ¡Eh, Boyd!

Su voz tenía una inflexión rara.

—¿Qué sucede?

—¡Mira esto!

Musgrave encaminóse en pos de él a la pieza contigua. Encontró a Gunther en el umbral de la puerta. Tenía en la mano la cajita de embalaje, abierta, chorreando agua, envuelta en una toalla. Dentro de la caja había una cosa increíble.

Gunther preguntó:

—¿Obsequio de una admiradora?

Era una mano humana cercenada por la muñeca, un repugnante despojo de color entre amarillo y violáceo. La mano derecha de un hombre, fuerte, pero cuidada, cubierta de vello rubicundo, con la sangre formando coágulos en su muñón…

—Mis admiradoras no tienen arranques tan originales —dijo Musgrave entre dientes—. Ahí hay un papel. Sácalo.

El papel estaba debajo del despojo. Gunther lo sacó. Era un documento con texto en árabe, francés e inglés. Se había mojado un poco, pero sin deteriorarse.

—Es una carta de residencia —leyó Gunther—. A favor de John

Christie Allen, de nacionalidad norteamericana. Expedida en 1955 y renovada en las fechas oportunas. ¿Quién demonio es John Christie Allen?

Musgrave no contestó. Recordaba con perplejidad algo que había oído aquella misma tarde: «¡Muera Johnny Allen!». ¿Sería posible? ¿Sería posible que, al fin y al cabo, Johnny Allen hubiera muerto y aquella mano fuese la suya? Posible, sí; pero ¿por qué la mano se la enviaban a él? ¿Por qué y quién le enviaba a él la mano del desconocido que debió haber cenado con Ulma Strauss y no acudió a la cita?

—Cuerno —murmuró súbitamente Gunther.

Se adentró en el dormitorio, dejó sobre una mesa la caja y su macabro contenido y abrió el armario. Sacó una maleta, cuya tapa alzó. Extrajo una lámpara de forma peculiar y un esquemático marco de alambre que sostenía una hoja de papel mecanografiada. Esta hoja era aparentemente una carta comercial dirigida a Musgrave, pero, cuando Gunther conectó la lámpara y la expuso a su haz de luz violeta, apareció otro texto interlineado. El texto decía:

> «*No han dado ustedes la importancia debida a mis propuestas en torno a la divulgación de su red de agentes en territorio de la U. R. S. S. El Gobierno soviético acaba de notificar públicamente la detención de HZ 82, 128, 39 y 206, quienes operaban en el sector de Omsk: tales detenciones son obra mía, y hubieran podido evitarse entregándome los cincuenta mil dólares que yo reclamaba. En lugar de ello, han intentado ustedes tenderme una trampa. Lamento, y ustedes estarán lamentándolo también, que no se tomen en serio mis amenazas. No trato de engañarles. El mismo día en que formulé mis propuestas les remití a lista de Correos un sobre que contenía los nombres de los cuatro agentes arrestados más tarde: por la fecha del matasellos comprobarán que no se trata de una superchería y que no me atribuyo en vano la responsabilidad de las detenciones. Ahora bien, visto el proceder de ustedes, es natural que doble la suma anteriormente fijada y la establezca en cien mil dólares. Una negativa me obligará a denunciar a las autoridades soviéticas un nuevo grupo de agentes y a aumentar mis futuras pretensiones. Poseo, repito,*

la lista completa de sus agentes en la U. R. S. S. El buen sentido más elemental aconseja no malograr una obra que ha costado ya tanto tiempo, tanto dinero y tantos sacrificios. Doy por segura su aceptación; y quiero advertirles que, si a consecuencia del contacto que me veré forzado a tener con ustedes para consumar la transacción resultare para mí algún daño, una copia de la lista irá sin tardanza a manos de las autoridades soviéticas. He tomado las medidas oportunas. En compensación, empeño mi palabra de que esta copia continuará en lugar seguro si las operaciones se efectúan con normalidad».

Musgrave se había aproximado para mirar por encima del hombro de su compañero. Conocía aquella carta, llegada por la mañana al hotel, y adivinaba el motivo que había impulsado a Gunther a releerla. Fue este último quien dijo:

—Ninguna alusión a Warren. Sin embargo, ese ciudadano sabe manejar su negocio. No podemos afirmar lo mismo de la gente de Washington. Cien mil cochinos dólares habrían evitado que alguien perdiese una mano. Cincuenta mil habrían salvado a cuatro de los hombres que tenemos en Siberia. La tacañería inoportuna resulta siempre calamitosa, Boyd. Si en Washington no cambian de actitud, podemos ya empezar a vestirnos de luto.

Musgrave estaba pensativo.

—Nadie nos garantiza que, una vez cobrados los cien mil dólares, el fulano no nos traicione vendiendo al otro bando lo que sabe.

Gunther apagó la lámpara ultravioleta.

—Yo lo garantizo. El contacto con nosotros, imprescindible para la operación, desenmascarará a ese individuo. Si luego nos traiciona, puedes estar seguro de que le alojaré una bala en la nuca, aunque deba perseguirle hasta más allá de las tapias del Kremlin… Es así cómo habría que llevar este asunto. Pero, no, el jefe ha decretado que se trata de pompas de jabón y encarga a Ernie Warren, uno de sus agentes en este condenado país, que se ocupe de reventarlas, de echarle la zancadilla al impertinente. ¿Resultado? Cuatro bajas en Omsk y una nueva petición, ahora de cien mil dólares.

—Yo previne al jefe de que no había que tomar las cosas a la

ligera —asintió Musgrave. Miraba fijamente la tétrica mano cortada —. Lo único que conseguí fue que nos enviara en calidad de reservas, y lo hizo para evitar mis reproches en caso de que empeorase la situación. Bromeó a mi costa, aseguró que la precaución era inútil, que la tomaba por mero cargo de conciencia, que Warren habría ya cumplido su misión antes de que tú y yo llegáramos aquí… Estaba tan convencido, tan lleno de estúpida confianza en Warren, que, para no desenmascarar a éste sin motivo, decidió que aguardáramos a que él estableciese el contacto. Así estamos ahora, mano sobre mano, Johnny. Ni rastro de Warren. En su lugar, la carta. Una esperanza: Ibrahim Bazuk. Y nada. Bazuk es sólo un desdichado que aspiraba a pescar en río revuelto…

Gunther dijo sombríamente:

—Quien no está ya mano sobre mano es Ernie Warren. Le falta una.

Musgrave le miró a los ojos.

—Conforme, esa mano cortada es la suya: pienso lo mismo. Warren ha llevado demasiado lejos sus pesquisas. Juraría que ha muerto. Enviándonos su mano y su carta de residencia, nuestro enemigo da a entender que él no toma las cosas a broma.

—Con la desventaja para nosotros de que Warren encubría su personalidad bajo la de John Christie Allen. Tú y yo trabajamos al descubierto… No es solamente Ibrahim Bazuk quien te ha reconocido: el autor de la carta sabía a quién enviarla y a quién enviar la mano. Esto no resulta muy alentador.

Musgrave se encogió de hombros.

—El daño ya está hecho. El jefe, algún día, me tendrá que oír, pero ahora no queda otro remedio que seguir adelante.

—¿En qué dirección?

—En la que conduce a la calle Yahya.

—¿Cómo? ¿A dónde?

—Esta tarde —explicó Musgrave, despacio, reflexionando mientras hablaba—, he conocido a una dama. Estaba, como yo, bloqueada en un bar por los disturbios. Me ha dicho que un hombre la había citado allí, y que este hombre se llamaba Johnny Allen. No ha acudido a la cita, por supuesto. Yo he acompañado a la dama a su casa, en la calle Yahya; ella me ha invitado a cenar, y no he aceptado porque tenía pendiente mi compromiso con Ibrahim

Bazuk. Entonces creía aún que Bazuk podía ser un cable lanzado por Ernie Warren. Tonterías. Me hubiera encontrado mucho más cerca de Warren, alias Johnny Allen, cenando con la dama en cuestión.

Gunther había fruncido el entrecejo.

—La coincidencia me parece asombrosa.

—A mí me gustaría saber hasta qué punto es una coincidencia. Cuesta admitir que solamente por azar le hablen a uno de la persona que en el mundo más le interesa, aproximadamente a la misma hora en que tal persona es asesinada.

—¿Quién era la dama?

—Ulma Strauss, jefe del Servicio Cultural de la Embajada austríaca.

—¿Una urraca de biblioteca?

Musgrave sonrió.

—Un ave del paraíso —tomó de la mesa la guía telefónica, buscó la página correspondiente a la calle Yahya y siguió con el dedo la columna—. La cultura no ha estropeado en absoluto su plumaje. A no ser…

—¿Qué?

—A no ser que sea completamente ajena a la cultura y me haya engañado —Musgrave encontró el número que buscaba, descolgó el teléfono y lo marcó. Aguardó un instante—. ¿La señorita Strauss? Ah, muy bien. Gracias —hizo un signo a Gunther—. Hay una centralilla en el edificio… ¿Señorita Strauss? Soy Boyd Musgrave.

La voz de la joven sonó ligeramente velada:

—¿Terminaron sus sacrificios?

—Continúan, pero usted ha pasado a formar parte de ellos. ¿Podría verla?

—¿Ahora?

—Necesito hablar con usted. Negocios.

—No comprendo…

—Lo comprenderá enseguida. Diga, ¿puedo verla?

—Le espero.

—Gracias. Saque las cosas de la nevera, porque no he cenado aún.

Musgrave colgó el aparato.

—No olvides tu obsequio —dijo Gunther con amargo humor.

Mostraba en la mano la caja y su macabro contenido—. Suele ser engorroso que aparezcan en poder de uno restos humanos. Deshazte de esto, ¿o prefieres localizar el cadáver de Warren y unirlo a lo demás?

—Tápalo.

Mientras su camarada tapaba de nuevo la caja, Musgrave se mudó de camisa, luego de corbata, y cepilló su cabello ante el espejo. Éste devolvió la imagen de su cara: firme nariz, firme mandíbula, pómulos angulosos, frente despejada y unos ojos fríos y burlones. Pese a la dureza de los rasgos, la primera impresión que producía aquel rostro era de indolencia. Sólo un examen atento revelaba, semioculta, la tremenda energía de un volcán.

Momentos después, con la caja en la mano, y preguntándose lo que haría de ella, Musgrave descendió al vestíbulo.

—Un taxi —ordenó al botones.

Tuvo que esperarlo diez minutos. La normalidad no era tan completa en las calles como para que los taxis se encontrasen fácilmente.

CAPÍTULO IV

Todo el edificio estaba, efectivamente, destinado a apartamentos, pero las trazas eran de que la mayoría se hallaban desocupados. Los acontecimientos de los últimos meses habían provocado el éxodo hacía climas más amables de la gente que solía residir en la calle Yahya y otras contiguas. Esto daba al distrito un sosiego que no tuvo nunca.

Ulma abrió la puerta con una sonrisa en los labios.

—Adelante, hombre-leopardo. Le agradezco el detalle.

Musgrave entró y miró en torno.

—¿Qué detalle?

—El cambio de camisa y de corbata. No soy mala observadora.

El apartamento era elegante, pero pequeño y sencillo. Libros y libros tapizaban la casi totalidad de las paredes. Había antiguos mapas en lugar de cuadros. Los objetos de adorno procedían de excavaciones arqueológicas. El más moderno debía tener dos mil quinientos años, y sin embargo, ninguno desentonaba con el estricto funcionalismo de los muebles y tapicerías.

Sobre una mesa baja, ante un diván, estaba el contenido de la nevera: queso, embutidos, fiambres, carne en conserva, tomates, mantequilla, pan y un buen surtido de botellas. Musgrave experimentó cosquillas en el estómago.

—Despáchese a su gusto —dijo la muchacha—. No necesita disimular, leo en su cara lo que siente.

—No he venido por la cena.

—Oh, eso es lo que siempre se dice —Ulma rió—. Pase y siéntese. Soy comprensiva con las debilidades humanas.

Musgrave la miró entonces por primera vez con atención. Llevaba una a modo de túnica verde-gris que caía hasta sus pies en armoniosos pliegues, ceñida a la cintura por una cadena dorada. Calzaba sandalias de alto tacón, también doradas. Aquel atuendo

subrayaba su cálido exotismo. Su audaz y fino escote, el aura de perfume que la envolvía, hacían de su belleza una cosa punzante.

—¿Es comprensiva con toda clase de debilidades? —preguntó él.

Ella le entendió.

—En teoría, sí —fue a sentarse en el diván—. Pero no es obligado que mi comprensión teórica se traduzca en tolerancia práctica. ¿Qué le apetece beber?

Musgrave se sentó junto a ella.

—He empezado el día con *whisky*.

Ulma sirvió *whisky* generosamente y, mientras él comía, conectó la radiogramola. Apoyada en ésta, permaneció unos momentos en pie, dibujada su soberbia silueta a contraluz. Una balada de Mouloudj difundió por la habitación sus notas nostálgicas.

—¿Ha dicho por teléfono que quería hablarme?

—Sí.

—¿Era un pretexto? ¿Quizá un pretexto para consigo mismo?

—No se pase de lista —Musgrave engulló una porción de fiambre, pan y mantequilla—. No era un pretexto. Quiero que me cuente algo de usted. Datos biográficos. Abundantes.

—¿Con qué objeto?

—Suponga que para un fichero personal. Es el precio por haberle salvado la vida.

Ella le miró fijamente, y luego volvió a sentarse en el diván y encendió un cigarrillo.

—Usted sabrá lo que en realidad se propone. Nací en Viena en mil novecientos treinta y uno; perdí a mi padre, que era, profesor de Historia en un campo de concentración nazi; ingresé en la Universidad en mil novecientos cuarenta y nueve y me licencié en Historia en mil novecientos cincuenta y cuatro. Gané al año siguiente unas oposiciones y entré en los servicios diplomáticos. Mi primer destino fue Ankara, donde pasé seis meses. Llevo más de un año aquí… Oh, fui hija única, y mi madre falleció en mil novecientos cincuenta.

—Muy bien. ¿Relaciones amorosas?

—Un amor en la Universidad: tuve bastante.

—Increíble. Los hombres han de acudir a usted como moscas.

—Acuden —sintió Ulma—. He recibido once peticiones de matrimonio en siete años. Pero me había parecido que el sentido de

su pregunta era diferente.

Musgrave concentró su atención en un trozo de queso:

—¿Qué hay de Johnny Allen?

—Es un amigo ocasional.

—¿Solamente?

La muchacha rió en silencio.

—Johnny Allen podría ser mi padre, por su edad, por su modo de tratarme, por su experiencia, por su sentido de la vida. Tiene una hija casi como yo. Le conocí a través de ella. Es un apasionado de la arqueología y esto nos brinda abundantes motivos de charla. Una o dos veces por semana cenamos juntos.

—¿Aquí?

—En un restaurante. Al principio frecuentaba su casa y me reunía con él y con Noemi, su hija, pero a ella parece que no le gusta nuestra amistad. Celos infantiles.

—¿No hay una señora Allen?

—Johnny se divorció hace diez años. Su exmujer vive en los Estados Unidos, casada de nuevo con un fabricante de tintas de imprenta.

—¿A qué se dedica él?

—Prepara un libro sobre los faraones de la vigésima dinastía.

—¿Eso da para comer?

—Está subvencionado por la Universidad de California, aparte los derechos que percibe por sus libros anteriores.

—¿Dónde vive?

—En la Avenida Abd El Saffah, número doscientos ochenta.

—¿Qué clase de hombre es físicamente?

—Alto como de un metro ochenta, sólido, recio como un alpinista, curtido por el sol. Viste usualmente como un granjero, pero deja a las mujeres sin aliento el día que se enfunda el *smoking*.

—¿Rubio o moreno?

—Muy rubio, con algunas canas.

—¿Carácter?

—Silencioso, reservado, noble, sencillo y asombrosamente inteligente. Inspira simpatía y confianza. Esto es un juicio femenino, por supuesto. Y personal: simpatía y confianza me las inspira a mí…

—¿Suele impresionar a las mujeres?

Ulma alzó súbitamente las manos, con las palmas hacia

adelante.

—¡Por favor, permítame respirar! ¡Dispara usted las preguntas como una ametralladora! ¿A qué se debe su interés por Johnny Allen?

Musgrave, masticando un tomate, enarcó con asombro las cejas.

—¿Qué interés? Yo solamente me intereso por usted, muchacha.

—Todas sus preguntas se han referido a Johnny.

—Lo habrá traído la conversación. Volvamos al principio. Asuntos amorosos: un idilio en la Universidad. ¿Cómo fue?

La joven sacudió negativamente la cabeza. Miraba al americano con una expresión rara.

—No, no, usted está jugando conmigo. Mis asuntos amorosos le tienen sin cuidado. Es Johnny Allen quien le importa, y me gustaría saber la razón. Si le hubiera ocurrido algo malo…

—¿Qué?

—Debe decírmelo.

El rostro de Musgrave era inescrutable.

—Domine su fantasía, por favor. Yo no sé de Allen una palabra. Jamás le he visto. La única persona que me lo ha mencionado ha sido usted.

Ella titubeó. Sus ojos estaban llenándose de sombras. Luego semejó tomar una decisión: se alzó del diván para dirigirse al pequeño anaquel que sustentaba el aparato telefónico. Descolgó éste, aguardó a que la centralilla le diera línea y marcó un número.

Dijo:

—¿Noemi? Soy Ulma. ¿Está tu padre? Bien… Naturalmente que sí. No, no ha sido posible. Quería asegurarme… Adiós.

Colgó. Volvió a Musgrave un rostro blanco como el papel.

—No se alarme innecesariamente —dijo el americano.

—¿Alarmarme? —La voz, de la joven se había alterado—. No he tenido noticias de Johnny Allen desde que faltó a nuestra cita sin justificación. No ha llamado para excusarse, como hubiera sido lógico. No ha regresado todavía a su casa, y Noemi no sabe dónde está. Usted viene de una manera inédita a abrumarme a preguntas acerca de él. ¿Cree de verdad que no debo alarmarme?

Musgrave se levantó y se aproximó a ella.

—Usted estima mucho a ese hombre.

—¿No tiene usted amigos? ¡Johnny es un amigo!

El americano hizo un gesto vago.

—Está bien, muchacha. Serénese. No me pregunte cómo lo sé, pero usted no volverá a ver a Allen. Sospecho fundadamente que ha muerto. Lo siento en el alma.

La noticia semejó congelar a Ulma. Su emoción no asomó al exterior, Se le quedó dentro, expresada únicamente por un fulgor en sus pupilas y un ligero temblor de sus manos.

Musgrave sirvió un vaso de *whisky* y se lo dio a beber. Ella se repuso pronto. Forzó una sonrisa crispada.

—Perdóneme. Es ridículo ser tan sensible, pero no puedo remediarlo.

—Tiene la suerte de ser sensible —replicó él—. Vamos, prométame que se tranquilizará. Yo debo marcharme ahora. Si consigo alguna noticia sobre Allen se la comunicaré, lo mismo si es buena que si es mala.

Ulma se oprimió las sienes con las manos.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—No.

—Necesito hacerla. ¿Quién es usted? ¿Qué es usted?

—Se lo dije esta tarde —respondió Musgrave fríamente.

—Esta tarde mentía. Usted estaba intencionadamente en ese bar de la Avenida Mahjub. Estaba porque estaba yo y porque iba a estar Johnny Allen. Hay algo entre usted y Johnny… Es decir, lo había, si él ha muerto.

—Míreme a los ojos —las manos del americano, con suavidad, asieron por los hombros a la muchacha—. Yo no estaba intencionadamente en el bar. Lo juro. Juro que no la conocía a usted, que jamás he visto a Allen y que en labios de usted oí por primera vez pronunciar su nombre.

Ella repitió:

—Pero ¿quién es usted?

—Un idiota —dijo él. La soltó y, lentamente, se volvió para dirigirse a la puerta—. No pertenezco, desgraciadamente, a la categoría de individuos que saben agradecer una buena cena complaciendo los deseos de quien los ha invitado. No destaco contando chascarrillos. Ni siquiera soy amable. Quizá tenía usted razón cuando dijo que no soy la clase de persona que le vende cosas a nadie; quizá me falta hipocresía para desempeñar mi profesión.

Trataré de buscarme otra.

Ulma le seguía. Dijo:

—¿Representa en mi honor esa farsa?

—¿Cuál?

—La del honesto vendedor sin aptitudes.

Musgrave se detuvo en la puerta y sonrió.

—Adiós, muchacha. Me alojo en el Hotel del Centro. Llámeme si necesita de mí. Espero volver a verla y corresponder a esta estupenda cena con otra un poco más alegre.

Ella eludía su mirada.

—¿No olvida usted algo? —preguntó—. Traía una caja al llegar.

La sonrisa del americano se heló. La caja estaba sobre el diván, donde él la había dejado descuidadamente al sentarse, destacando contra el fondo rojo de la tapicería. Ulma retrocedió a buscarla. Musgrave no se lo impidió, pero, al tomarla de sus manos, sintió dentro de sí una tirantez de angustia.

—Gracias.

La imagen de la joven, envuelta en su túnica, el recuerdo de su perfume y el fulgor emocionado de sus ojos le inundaban la memoria cuando se halló en la calle. Alzó la caja y la contempló con el entrecejo fruncido. Estaba solo, sólo en un distrito solitario, y nadie le impedía arrojar aquel objeto engorroso a la primera cloaca. Pero la caja contenía la mano derecha de un hombre, de un compatriota, de un camarada de servicio, de alguien cuyo físico y carácter habían adquirido entidad a través de la descripción de Ulma. Una mano que en muchas ocasiones había estrechado la de la muchacha. Cierta repugnancia le vedaba desprenderse de ella de una manera indigna.

Llevando la caja consigo, echó a andar hacia la Avenida Abad El Saffah. No tardó en encontrar un taxi, que tomó. Indicó al conductor las señas que Ulma le había dado: número doscientos ochenta.

Era un pequeño *bungalow* antiguo, el hogar que algún funcionario británico debió de construirse en los ya lejanos tiempos del protectorado. Lo rodeaba abundante vegetación, en la que destacaban, a la luz que brillaba en la veranda, cantidades extraordinarias de rosas. Su aroma embalsamaba el aire.

Musgrave avanzó por el jardín, que no tenía cancela, descubrió

en la veranda el cordón de una campanilla y tiró de él. El campanilleo resonó bucólicamente dentro de la casa.

El americano miraba al suelo cuando la puerta se abrió. Su mirada encontró primero unas chinelas amarillas, luego unas piernas de línea admirable, unos encajes, una porción de tela de nylon negra abierta en V invertida, un manojo de curvas tensas, y algo más arriba un rostro entre infantil y maduro, entre ingenuo y perverso, de ojos soñadores y boca sensual. Una mano cerró sin prisa la V invertida. Una voz quieta y musical preguntó:

—¿A quién busca?

—Si está el señor Allen.

—No está.

—Pues a su hija.

La puerta se abrió por completo.

—Pase. Yo soy su hija.

Musgrave se dio perfecta cuenta de que los ojos soñadores le miraban y soñaban. Eran, a pesar de todo, unos ojos extremadamente inteligentes. Quizá soñaban, pero no dormían…

CAPÍTULO V

En grado mucho más acusado que el apartamento de Ulma Strauss, el interior del *bungalow* resultaba una mezcla de biblioteca y museo arqueológico. La diferencia entre ambos consistía en que la vivienda de Allen se hallaba exenta de funcionalismo, decorada en el más clásico estilo colonial inglés.

Pero Musgrave dedicó mayor atención a la hija de Allen que a su casa. Era una muchacha que exigía atención. Debía de tener alrededor de veinte años: veinte años de TNT envueltos en una bata de nylon negra, calzados de chinelas amarillas, rematados por una cabeza sensitiva y audaz, de cortos cabellos color rubio paja. La bata estaba destinada a cubrir, aunque no a ocultar; y cuando la muchacha se movía, la luz le arrancaba malignos reflejos.

Musgrave oprimió con fuerza la caja que todavía conservaba en la mano.

—Boyd Musgrave es mi nombre —dijo—. Desearía hablar unos minutos con usted.

Los ojos soñadores le perforaron como taladros.

—¿Compatriotas?

—Nací en Kentucky.

—Yo en California. No recuerdo haberle visto por aquí, y suelo ver, tarde o temprano, a todos los americanos que pisan la penitenciaría.

—¿Qué penitenciaría?

—Me refiero a esta ciudad: un presidio, por lo menos para mí. Venga, no se quede ahí parado.

Musgrave se dejó conducir a un estudio inmediato al vestíbulo. Noemi Allen había estado leyendo, tendida en el suelo sobre una estera, a juzgar por las trazas. Tenía conectado un poderoso receptor de radio que captaba un programa de bailables. En la estera, bajo una lámpara, había un libro abierto, una botella de

whisky, un recipiente con hielo, un jarro de agua, un vaso, un cenicero, un paquete de tabaco y un encendedor de oro.

—Me siento un intruso —dijo Musgrave, por decir algo.

La respuesta de ella no fue banal:

—No diga tonterías. Llevo una semana sin ver a un hombre de verdad. Es usted el marino que rescata al náufrago de la isla desierta. Yo soy el náufrago, naturalmente. Aposéntese donde guste. Iré a por otro vaso. Y no se preocupe por «Pluto».

—¿«Pluto»?

—El perro. Eso es puro teatro. Tiene, en realidad, miedo de usted.

Súbitamente, Musgrave descubrió debajo de una mesa unos blancos colmillos desnudos y unos ojos que brillaban en la penumbra. En silencio e inmóvil, un «terrier» agazapado allí le vigilaba en actitud amenazadora.

Noemi se marchó y regresó con el vaso.

—¿No quiere sentarse?

Ella se instaló en la estera, con total indiferencia por las veleidosas actitudes que tomaba su bata. Sirvió *whisky* y tendió el vaso al hombre.

Musgrave, al inclinarse para cogerlo, leyó el título del libro: «Chocolates para el desayuno». Dijo:

—He venido a hablarle de su padre.

La joven notó la preocupación que traslucía su tono.

—Bien, no puedo decir que el tema me sea ajeno. ¿Qué ocurre?

—¿La ha hablado él alguna vez de mí? ¿De Boyd Musgrave?

—No.

El americano titubeó.

—En fin, el caso es que yo aguardaba su visita. Para ser exacto, yo aguardaba la visita de alguien a quién no conocía, y este alguien era su padre. Él sabía que yo estaba en la ciudad y me hospedaba en el Hotel del Centro. Le he esperado en vano casi una semana. Como el asunto que tratamos en común es demasiado importante para que él lo haya olvidado, me he decidido a tomar la iniciativa. Pero ahora no puedo localizar a su padre en parte alguna. Me gustaría saber si puede usted ayudarme, o en último caso, si le ha dejado algún recado para mí.

Noemi encogió las piernas, se abrazó las rodillas y apoyó en

ellas el mentón. Miraba a Musgrave fijamente. Desde su refugio bajo la mesa, el perro miraba en la misma dirección. Las dos miradas eran muy distintas.

—Lo siento por usted, Musgrave. La vida de mi padre se ha vuelto disparatada de unos días acá. Ignoro dónde está en estos momentos, y lo cierto es que no me importa demasiado —la joven alzó desdeñosamente los hombros—. Puede correr por ahí cultivando sus chifladuras seniles si eso le divierte, ¿a mí qué? Yo estoy harta. De ridiculeces, de incomodidades, de todo…

—¿Por qué dice que su vida se ha vuelto disparatada?

—¿Usted conoce a mi padre, o no le conoce?

—No de una manera… directa.

—¿Puede acaso explicarme quién es?

Musgrave se pasó la lengua por los labios.

—No comprendo.

—Está bien claro: le pregunto quién es mi padre. Partamos de la base de que, por lo menos ahora, no es lo que pretende ser: un historiador que prepara un libro sobre los faraones. Fue un historiador, ciertamente, pero ahora es otra cosa. El trabajo de los historiadores no obliga a ausentarse de casa en cualquier momento, sin previo aviso y por tiempo indefinido; no obliga a regresar con manchas de carmín en el cuello, o borracho, o rendido de fatiga y cubierto de polvo; no obliga a llevar una pistola…

—La situación interna de este país puede obligar a llevar pistola incluso a un historiador.

—No. Mi padre goza aquí de gran prestigio. Le protegen el Presidente y su camarilla.

—Pero no pueden protegerle contra el acto arbitrario de un fanático.

Noemi encendió con firmes manos un cigarrillo. Sus ojos estaban fijos en los del hombre.

—¿Ha muerto? —preguntó de sopetón.

Musgrave entornó los párpados.

—¿Cómo?

—Mi padre ha muerto, ¿no es así? No se preocupe, no voy a hacerle una escena. Sé dominarme. Mi padre ha muerto, y usted viene a por si recoge los despojos de su trabajo; y no me refiero a su trabajo de historiador, Musgrave.

—Temo que se precipite en sus conclusiones.

—No —el rostro de la muchacha traslucía una gravedad desdeñosa—. Si quiere que le diga la verdad, le esperaba a usted. Me han anunciado previamente su venida.

—¿Su padre?

—Un desconocido. Por teléfono. El desconocido pretendía que mi padre se encuentra mezclado en un negocio peligroso, que no ha jugado limpio y que debe pagar… Ha agregado que usted está asociado con él, quiero decir con mi padre, que mi padre se lo había confesado, y que usted vendría a darme instrucciones y a traerme dinero… Un folletín; pero yo había observado ya tantas cosas anormales en el proceder de mi padre, que le he dado crédito. En este maldito presidio es posible todo. El hombre del teléfono ha concluido diciendo que volvería a llamarme después de la visita de usted, para indicarme el procedimiento que debemos seguir. En lugar de dirigirse a usted directamente, prefiere servirse de mí porque esto, ha dicho, facilita las operaciones…

—Perfectamente. ¿Y usted qué ha contestado?

—Nada. He comprendido que mi padre, o había muerto, o iba a morir. He cortado la comunicación —Noemi sacudió pensativa su cigarrillo—. Musgrave, dese usted cuenta. Mi padre, como padre, ha sido para mi calamitoso: ciego, egoísta, incomprensivo, descuidado, y tan lejano como si habitase en otro planeta. Lo único que me importa saber, en caso de que haya muerto, es si fue plenamente culpable de su conducta o si fuerzas ajenas a su voluntad lo apartaron de sus deberes. Para dejar que la hija de uno se consuma de tedio, se vicie, o quizá se pierda, como dicen los buenos burgueses, sin mover un dedo para evitarlo, se necesita ser un inconsciente embrutecido u obedecer a razones sobrehumanas… ¿Ha muerto o no ha muerto mi padre, Musgrave?

Musgrave articuló:

—No tengo la plena seguridad, no he visto su cadáver —su mirada buscó instintivamente la caja—; pero creo… que sí.

Hubo un silencio.

Noemi, con violencia, aplastó en el cenicero su cigarrillo. Sus rasgos infantiles se habían endurecido, pero no había una lágrima en sus ojos.

—Bien, eso me da derecho a exigirle que sea usted franco.

Adivino que mi padre trabajaba para usted, o en relación con usted, y tampoco ahora me refiero a su trabajo de historiador. Entiendo que llevaba una doble vida. Ha llegado la hora de desvanecer equívocos.

Musgrave no respondió inmediatamente. Dijo al fin:

—Si existieran esas fuerzas ajenas, esas razones sobrehumanas a que se ha referido, ¿usted querría vengar a su padre?

—Explíquese.

El americano suspiró.

—Usted no parece, ni mucho menos, una persona cobarde. Me gustaría contar con su ayuda, pero he de pedirle que reflexione acerca de la proposición que le haré. Antes que otra cosa, antes incluso de que yo empiece a hablar, la autorizo a que me diga sí o no; porque si dice sí, será demasiado tarde para retroceder. Lo que debo contarle ha de imaginar que no lo ha oído nunca. El hecho de saberlo puede ocasionar su muerte inmediata, Noemi, por muy joven y muy bella que usted sea. ¿Me ha comprendido?

—No necesito reflexionar: le diré que sí de todos modos.

—No acepto esa responsabilidad.

—¿Qué tiene usted en la mollera, Musgrave? —exclamó la muchacha, apasionadamente—. Si en escuchar lo que usted me proponga hay riesgo, ¡siempre le diré que sí! ¡Necesito vivir, aunque vivir me conduzca a la muerte! ¿Por qué demonio me ha tomado? ¿Por una mocosa acaramelada? ¿Por una señorita de su casa cuya única ambición es encontrar marido? No se trata de vengar a mi padre o de ayudarle a usted; en el fondo, lo uno y lo otro me tienen sin cuidado. Se trata de que yo viva, no como un vegetal, sino como un ser humano. Jamás pudo mi padre entender esto, pero acaso usted sea diferente.

Musgrave se encogió de hombros.

—Conforme. Sepa, pues, que John Christie Allen, su padre, se llamaba en realidad Ernie James Warren y pertenecía desde hace treinta años a los servicios secretos de los Estados Unidos. Estaba especializado en asuntos sudamericanos, no en las cuestiones árabes, pero era el niño mimado del jefe y éste le envió aquí para que tuviera un trabajo más lucido. No lo tuvo hasta hace poco, hasta el momento en que surgió un asunto de gran envergadura… Su padre recibió el encargo de ajustarle las cuentas, y no

precisamente en dinero, a cierto individuo que proponía restituirnos, contra una suma importante, determinados documentos cuya naturaleza no le interesa a usted. En las altas esferas de nuestra organización se creyó que se trataba de un engaño, de una baladronada del individuo en cuestión. Error. Es posible que su padre creyese lo mismo y no desplegara suficiente prudencia; resultado: el desconocido ha advertido que se le tendía una celada, se ha enojado, ha doblado sus pretensiones y tomado algunas represalias… Mientras tanto, yo había sido enviado también aquí en calidad de agente de cobertura, con orden de aguardar la iniciativa de su padre para establecer el contacto y prestarle cualquier auxilio que necesitara. Pero la iniciativa de su padre no ha llegado. He esperado vanamente. Al fin, pues… me he enterado de que la persona a quién yo aguardaba bajo el nombre de Ernie Warren se hacía llamar Johnny Allen y probablemente estaba… muerta. Una casualidad ha puesto en mi camino a Ulma Strauss, que conocía a Allen. La suma de esos elementos me ha traído a esta casa.

Noemi había escuchado inmóvil, en actitud lánguida, con la mirada clavada en un indefinido punto de la estera que le servía de asiento.

—¿Cómo se ha enterado de que mi padre ha muerto? —inquirió —. ¿Por qué no lo sabe con seguridad?

Musgrave acarició con los dedos la caja. Durante unos segundos estuvo tentado de abrirla. Si la muchacha era de hielo, el contenido de aquella caja la dejaría indiferente; si no lo era, acaso la macabra visión rasgase la costra que la envolvía… Pero no abrió la caja. Se maldijo mentalmente por blando, pero no la abrió.

—Lamento que me haga esa pregunta —dijo—. Repito que no he visto el cadáver de su padre. Lo que sí he visto… es una mano que le han cortado al cadáver. Tenía adjunta La carta de residencia de John Christie Allen, lo cual me ha revelado su identidad. Lo siento mucho.

La joven había palidecido.

—Una mano… —murmuró.

—Usted ha querido que se lo dijera.

—No me asusta la realidad —Noemi hizo un esfuerzo y consiguió no perder la calma—. Vamos, siga explicando —su voz

sonaba un poco más ronca—. ¿Dónde está el cuerpo de mi padre?

—Lo ignoro.

—¿Piensa usted avisar a la policía? ¿Debo hacerlo yo?

—La policía queda completamente fuera de la cuestión. Le he dicho que su padre era un agente secreto, y hay que evitar a toda costa el escándalo. Habría escándalo seguro si se iniciase una encuesta sobre el particular.

—Pero cuando aparezca el cadáver…

—O mucho me equivoco, o el cadáver no aparecerá nunca.

Noemi inclinó la cabeza.

—¿Quién ha matado a mi padre, Musgrave? ¿Quién es el hombre que me ha llamado por teléfono?

—No lo sé. Y si lo supiera no se lo diría. Este juego es mortal, muchacha —las palabras de Musgrave contenían tanto una advertencia como una amenaza—. Procure no olvidarlo.

Ella percibió la amenaza.

—Está bien. ¿Qué debo hacer?

—Esperar a que el desconocido del teléfono vuelva a dar señales de vida. Dígale entonces que he venido y trate de sonsacarle todo lo posible, pero sin ponerse en evidencia… O mejor será que no le sonsaque nada. Dígale que tengo el dinero e instrucciones para negociar. Naturalmente, en ningún momento dejará usted traslucir que está al corriente de mis actividades, ni tampoco de las de su padre. Luego llámeme al Hotel del Centro e infórmeme de todo. ¿Alguna duda?

—Innumerables —replicó la joven—, pero usted no me las aclarará.

—Celebro que piense así. Por lo demás, quizá convenga que, durante algún tiempo, finja ignorar que ha muerto su padre. Puede que le resulte difícil… aunque no me atrevería a asegurarlo.

—Me juzga mal, Musgrave.

—Sí, posiblemente. —Musgrave se puso en pie—. No quiero hablar de ello. Es ya hora de que me retire.

Un gruñido brotó de debajo de la mesa. El «terrier» avanzó en actitud amenazadora.

—Le es usted simpático —dijo Noemi. Contuvo al perro y se levantó de la estera con movimientos perezosos—. No me sorprende… Su nombre es Boyd, si no me equivoco.

—Boyd Musgrave.

—Pues espero volver a verle pronto, Boyd —el escrutó los ojos que la joven alzaba y no pudo dilucidar lo que significaba su expresión—. Necesitaré de usted. Muchísimo. Le suplico que no me abandone.

El perro gruñía ferozmente.

Musgrave echó a andar hacia el vestíbulo.

—No la abandonaré, pero no es preciso que renuncie a su actitud de niña terrible para lograrlo. Los papeles candorosos no le van.

—Lo sé —replicó ella—. Gracias por el consejo, de todos modos.

El americano se detuvo en la puerta.

—¿Qué opinión tiene usted de Ulma Strauss? Noemi tardó en responder.

—Ha dicho usted que conoce a Ulma, y además es un hombre, así que mi opinión no le gustará. Todos ustedes caen de rodillas ante su belleza, su talento, su tacto, su sensibilidad… Ningún hombre atina a ver que es sólo una aspirante a vampiresa y que se aplica sus virtudes como se aplica un maquillaje. A mí, como mujer, me avergonzaba estar presente cuando coqueteaba con mi padre. Le daban a una ganas de cambiar de sexo…

—Tenía entendido que ella y su padre no eran más que buenos amigos. Compartían las aficiones arqueológicas.

—Prefiero no saber lo que compartían. En cuanto a las aficiones arqueológicas de Ulma, no me extrañaría que a partir de mañana se convirtiesen en afición a los caballos, a la pintura o al café; depende de cuáles sean las aficiones del infeliz de turno que caiga en sus redes.

—De modo que ella representa una comedia.

—Perpetua.

—¿Con qué propósitos?

—Hasta hoy había pensado que con el propósito de divertirse. Después de lo que usted me ha contado de mi padre, habré de pensar de otro modo.

—Eso es una acusación. ¿Debo tomarla en serio, o atribuirla a celos infantiles?

La muchacha se encogió de hombros.

—Usted conoce a Ulma —replicó.

Musgrave abrió la puerta.

—Voy camino de conocerla, nada más. Pensaré en lo que usted me ha dicho, señorita Allen. Hasta pronto…

La luz, a espaldas de la joven, dibujaba nítidamente su silueta bajo la tela de nylon.

—Hasta pronto. Y no vuelva a llamarme señorita Allen. Mi nombre es Noemi…

Musgrave atravesó el jardín, alcanzó la calle, y en ésta se paró y miró atrás. Noemi Allen había desaparecido. La puerta de la casa estaba cerrada de nuevo.

Entonces regresó cautelosamente. Agachado en la sombra, entre los rosales, sacó del bolsillo unas llaves y con ellas escarbó la blanda y suelta tierra. Cavó rápidamente un hoyo de veinte centímetros de profundidad. Metió la caja en el hoyo y la cubrió con la tierra extraída. Quedó un montículo. Estaba apisonándolo con las manos cuando le llegó desde la casa el lastimero aullido de un perro.



Metió la caja en el hoyo...

Musgrave sintió frío en el corazón. ¿Había adivinado el «terrier» que allí, bajo la húmeda tierra del jardín, descansaba la mano de su dueño, la mano que tantas veces debió de acariciarle y darle de comer?

La idea de que el animal no tardaría en desenterrar la caja casi

indujo al americano a deshacer lo que había hecho. No había pensado en el «terrier». Pero era tarde ya. El perro continuaba aullando. Noemi saldría a ver lo que pasaba.

Sacudiéndose la tierra de los dedos, corrió a la calle. La mano de Ernie Warren, alias Johnny Allen, un camarada sin suerte, yacía entre sus rosas, a un paso del que fue su hogar.

CAPÍTULO VI

Mientras sorbía su café, preparado a estilo turco, Musgrave vigilaba la casa por la puerta del bar. Gozaba de una visión en escorzo, no muy buena, pero suficiente. Brillaba esplendoroso el sol matinal, todavía no demasiado ardiente, y la ciudad, superados los disturbios de la víspera, había recobrado su aspecto normal. Desde la travesía en que su puesto de observación se hallaba, Musgrave notaba que el tránsito en la Avenida Abd El Saffah era aproximadamente el de costumbre.

Parado frente al *bungalow* de los Allen había un «Studebaker» amarillo. Instalado en el asiento delantero, asomado a la ventanilla y con las orejas muy tiesas, estaba el «terrier». Él era el único ocupante del coche.

Musgrave calculaba que su espera iba a terminar pronto. Se apartó un momento de la puerta para pagar el café, y algo le llamó la atención al regresar a su puesto. No parecía un hecho anómalo, pero su subconsciente le decía que sí lo era.

Un hombre. Se daba cuenta en aquel momento de que el hombre llevaba parado en la acera de la avenida, absorto en la lectura de un periódico, el mismo tiempo que él llevaba en el bar. Era un tipo alto y recio, vestido de color gris-oliva, con la cabeza descubierta, moreno, de cabello negro y ensortijado. O su periódico contenía noticias apasionantes, o no lo leía, sino que fingía leerlo.

En el instante en que Musgrave fruncía el entrecejo con perplejidad, la puerta del *bungalow* se abrió y apareció Noemi Allen. Vestía unos ajustados pantalones listados en azul y blanco y una pequeña blusa blanca. Calzaba sandalias y llevaba en la mano un bolso de paja trenzada, que arrojó por la ventanilla al interior del coche antes de abrir la portezuela de éste. El perro la acogió con un agudo ladrido.

No cabía duda: el hombre fingía leer el periódico. Por un

costado de éste observaba ahora atentamente el proceder de la muchacha, quien se había sentado ante el volante. Pero tampoco se movió cuando el coche se apartó de la acera, ni siquiera cuando hubo partido.

Musgrave aguardó todavía un poco.

Luego, el hombre dobló su periódico, se lo metió en el bolsillo y cruzó la avenida. Anduvo hacia el *bungalow* en línea recta, sin titubear. Atravesó el jardín. Llamó a la puerta.

La puerta no se abrió.

El hombre miró a derecha e izquierda, y con la mayor tranquilidad sacó un manojo de llaves. Probó varias en la cerradura adoptando un aire distraído. Encontró la adecuada, abrió y entró.

Musgrave se pellizcó el labio. ¿Quién era aquel individuo? ¿Qué papel desempeñaba en el asunto?

Fuera quien fuese, se había introducido en el *bungalow* en ausencia de Noemi, y esto era lo importante. El americano salió resueltamente del bar, avanzó hacia la avenida, franqueó la calzada. Llamó a la puerta de la casa, y obtuvo absoluto silencio por respuesta. Volvió a llamar. Esperó. Sus músculos estaban tensos.

Alzaba la mano para llamar por tercera vez cuando la puerta se abrió de repente. El hombre alto y moreno estaba en el umbral. Tenía los ojos muy juntos y unas cejas velludas y amenazadoras.

Debió de comprender que Musgrave era un extranjero, porque preguntó en no muy claro inglés:

—¿Qué desea?

—Hablar con el señor Allen.

Mostrando unos blancos y sólidos incisivos, el desconocido se mordió el labio inferior. Era bastante más corpulento de lo que a Musgrave le había parecido a distancia. Se le notaba fundido en un metal a un tiempo duro y flexible. Con la mano, larga y musculosa, se acarició el ensortijado cabello, como si ello le ayudara a reflexionar.

—¿Hablarle a propósito de qué?

Las miradas de los dos hombres se enfrentaban.

—De algo personal y sumamente importante. ¿Es usted el señor Allen?

El individuo no dijo que sí ni que no. Abrió del todo la puerta y se echó a un lado. Probablemente estaba acostumbrado a toda clase

de situaciones.

—Pase.

Su mano extendida señalaba la dirección del estudio donde Musgrave había conversado con Noemi la noche anterior. Ambos entraron en la pieza. El desconocido invitó a Musgrave a sentarse, y le imitó. Su mano derecha, hasta entonces oculta, apareció armada de un «Smith» de cañón corto.

—Estaba limpiando este revólver —explicó con helado descaro. No semejó importarle la mirada incrédula, del americano, ni el hecho de no tener consigo trapo, escobilla o baqueta. Añadió—: Le escucho.

Musgrave fingió sorpresa.

—¿Bromea usted? Soy yo quien ha venido a escuchar.

—Conforme —el hombre no se inmutó. Se necesitaba algo más para impresionarle—. Suponga que he olvidado…

—¿Olvidado qué?

El desconocido dio señales de enojo.

—¿Y si yo no fuera Allen?

—No tiene el menor aspecto de serlo —replicó Musgrave, con sarcasmo—. Tiene usted delante a Jack ahora.

—¿Por qué?

—Si no es usted Allen, e indudablemente no lo es, no le debo explicación ninguna. Si lo es, ya sabe a lo que me refiero.

El hombre se inclinó hacia adelante.

—Muy bien, basta de tergiversaciones. Soy el inspector Cassim, de la Policía Especial del Estado.

Musgrave sostuvo unos segundos su mirada, tratando de escrutar el fondo de sus ojos. ¿Un inspector de la Policía Especial del Estado? ¿En casa de Allen? ¿Por qué motivo?

Esbozó una sonrisa y se recostó en el sillón.

—¿Pertenece hace mucho tiempo a ese cuerpo?

Tuvo la clara impresión de que el tipo perdía pie.

—¿Eso qué importa?

—Mi querido Cassim, ¿no va a importar? ¿Dónde diablo se oculta usted habitualmente? Estoy seguro de que, en casi un año, no me lo he tropezado jamás, ni en pasillos ni en oficinas… —el desconocido palideció—. ¿Ponemos punto final a la broma? —agregó Musgrave—. Lo siento por él. Le convendría estar aquí

Grimble, agente de la Interpol en operación conjunta con la Policía Especial del Estado, a las órdenes del coronel Abdallah. Va a hacer ahora mismo el favor de acompañarme.

La «dimisión» del inspector Cassim fue espectacular. Sus piernas se dispararon repentinamente. Musgrave, tomado de improviso, evitó uno de los pies, pero no el otro, que le golpeó el hombro con extraordinaria violencia. Ahogó un grito de dolor, mientras su sillón basculaba hacia atrás. Cayó de espaldas. Antes de que tuviera ocasión de enderezarse, su enemigo se le echó encima.

El falso inspector no se anduvo por las ramas. Musgrave le había juzgado bien al suponerle fundido en un metal de primera clase: su cuerpo era acero puro, y disimulaba además una bomba H en cada puño.

Por añadidura, ni asomo de pereza, de apatía. Ponía el corazón en su trabajo, como Un auténtico destajista de los golpes. Boyd Musgrave había encontrado a muchos tipos así en su carrera, pero el presente se llevaba la palma. Estaba flotando entre nubes cuando notó que su contrincante le ponía en pie y tomaba impulso para sacudirle el *uppercut* de firma y rúbrica.

En aquel momento, sin embargo, su mecanismo automático de luchador entró en funcionamiento. Esquivó sin saber cómo el formidable puño que subía al encuentro de su mentón, se encogió y se afianzó sobre sus poco firmes piernas. Cassim perdió el equilibrio al pegar en falso. El americano le lanzó un corto y calculado golpe, al que añadió una rapidísima presa paralizadora. Cassim gruñó de rabia y de dolor.

Pero no era un estudiante o un funcionario adocenado, no era un burgués poltrón. Estaba en cuestión de luchas cuerpo a cuerpo tan al cabo de la calle como pudiera estarlo Musgrave. Introdujo una contra-presa, se liberó y consiguió reaccionar antes de que el americano le causara más daño. Al precipitarse sañudamente contra él, Musgrave no le encontró paralizado ni impotente. Todo lo contrario. Cassim blandió su «Smith» de cañón corto, que sin duda reservaba como último recurso, y se lo abatió en el cráneo.

Fue, para Musgrave, una auténtica explosión, el estallido de un millón de estrellas. Tuvo la sensación de que la tierra le absorbía, de que algo enorme se quebraba y dejaba flotando en el mundo una estela de insoportables vibraciones…

¿O quizá ocurría que una trituradora se había puesto en marcha?

¡Qué extraordinario!

Las tinieblas destilaban una especie de líquido.

De pronto, lo fue de verdad. Fue un líquido. Agua.

Musgrave abrió los ojos y volvió a cerrarlos apresuradamente. Disipando el zumbido de la torturante máquina, una voz se alzó y dijo:

—¿Cómo va eso, Boyd?

Más agua.

A la voz se sumó ahora un perfume. Musgrave murmuró:

—Es usted un encanto.

Oyó una risa de mujer.

—Me gustaría poder decir lo mismo de usted. ¿Qué le pasa? ¿Le han ablandado a golpes las meninges?

Noemi Allen, con su pequeña blusa blanca y sus ajustados pantalones listados, se hallaba en cuclillas, sosteniendo en sus manos un jarro de agua. Musgrave se incorporó sobre un codo y la miró con atención. Pensó que había en aquella muchacha algo diabólico: seductoramente diabólico; un fondo de perversión en su aire infantil que, sin remedio, la producía a uno un choque.

—Présteme el jarro.

Ella le prestó el jarro y le contempló mientras apuraba hasta la última gota de agua que quedaba en su interior. Preguntó enseguida:

—¿Quiere beber algo menos insulso?

—Por supuesto que sí. Y engullir un par de aspirinas. Tengo la cabeza de cartón, salvo en un punto, y creo que en ese punto llevo clavado un estilete.

—Hum —murmuró la joven.

Se levantó para cumplir el encargo. Musgrave, desde el suelo, sin variar de posición, siguió sus movimientos con deleite. Suspiró, y ella volvió un instante la cabeza al oírle suspirar. Después salió del estudio.

Él estaba sentado en el diván cuando regresó.

—*Whisky* y dos aspirinas… ¿Querrá explicarme lo que le ha pasado? Es la primera vez que encuentro en mi casa a un hombre sin sentido, y confieso que me siento intrigada…

Musgrave dedicó tiempo al *whisky* y las aspirinas. Luego cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del diván.

—¿Ha estado mucho tiempo ausente?

—Unos minutos. Olvidé algo, por eso he vuelto enseguida.

—¿Me ha encontrado solo?

—Sí. Es decir… «Pluto» ha saltado ladrando a la parte trasera del jardín. Puede que alguien haya escapado al advertir mi llegada.

El americano abrió los ojos para mirar en torno. No se veían signos de que el estudio hubiera sido registrado. Pero ¿era registrar el estudio lo que el «inspector Cassim» pretendía?

—Había alguien: un hombre alto y corpulento, moreno, de cabello negro y ensortijado, dientes blancos y sólidos, cejas velludas, ojos muy juntos, vestido con un traje gris-oliva.

—Un tipo interesante —dijo Noemi en voz baja.

—¿Sabe a quién me refiero?

—No.

—Estaba en la casa cuando yo he llamado. Me ha abierto tranquilamente la puerta, me ha introducido aquí… Ha sido más hábil que yo, y su revólver más duro que mis puños.

—¿Estaba en la casa? ¿Con un revólver?

—Exactamente.

Noemi hizo una mueca de perplejidad.

—Todo eso habrá ocurrido apenas marcharme yo. No lo comprendo —sirvió más *whisky* para Musgrave, y una buena ración para sí misma—. ¿Usted venía a visitarme?

—Sí —mintió él.

—Pues me alegra haber regresado tan a tiempo: lo bastante tarde para no haber tropezado con ese revólver, y lo bastante temprano para socorrerle a usted. Por otra parte, sospecho que la intervención de usted me ha librado de alguna complicación. ¿Qué buscaba ese hombre aquí?

—Algo perteneciente a su padre.

—Pero ¿qué?

—Eso usted debería saberlo.

Noemi sacudió la cabeza.

—No hay nada importante. Lo sé, estoy segura. Usted me contó tantas cosas anoche que no pude menos que repasar sus papeles. No encontré el menor rastro de su verdadero trabajo, de su verdadera

personalidad… suponiendo que lo que me contó usted sea cierto…

—¿Por qué no ha de serlo?

Ella hizo un gesto dubitativo.

—Sólo tengo su palabra, y ni siquiera una prueba de que mi padre haya muerto. El desconocido que llamó por teléfono no ha vuelto a llamar. Es posible que no llame porque no existe, porque usted lo inventó con un propósito que ignoro.

—¿Es eso lo que cree? —preguntó Musgrave, con sorpresa.

—Lo pienso a veces, nada más. Prefiero no creer nada.

La memoria del americano, como una pantalla de cine, reprodujo el jardín de la casa, la caja, el hoyo al pie del rosal, el montículo de tierra apisonada. Allí estaba la prueba. ¿No quería ella una prueba?

Se levantó del diván. Su cabeza se había despejado.

—Bueno, piense lo que guste. Pero no olvide que esta partida se juega a muerte y que usted la juega por propia voluntad.

—Eso me consuela un poco —replicó ella fríamente.

Hubo un silencio.

Parado frente a la muchacha, Musgrave escrutaba sus ojos. Se pasó la lengua por los labios. No era un niño. No sentía por primera vez lo que sentía entonces, ante aquella criatura de atractivo elemental, directo, fustigante, y sabía cómo terminaba la cosa.

Dijo:

—Quisiera ir al cuarto de baño. Un hombre a quién han dejado «K. O.» y luego despertado con jarros de agua debe, por lo menos, anudarse bien la corbata antes de exhibirse en público.

Noemi le condujo al cuarto de baño.

Esperaba en el vestíbulo cuando él salió. Sentada negligentemente en el brazo de un sillón, su bella figura tenía hasta un aire decorativo. Pero no únicamente decorativo.

—¿Se marcha?

—Volveré —dijo Musgrave—. Mi idea al venir era proponerle que almorcemos juntos.

—Formidable.

—Vendré en su busca a las doce y cuarto.

Ella le acompañó a la puerta y le tendió la mano antes de abrirla. No fue solamente la mano. Musgrave supo, sin lugar a dudas, que si él quería no sería solamente la mano.

Lo quiso.

La había imaginado exactamente igual: esbelta, tensa, nerviosa, con un temblor de vida y un calor de pasión que se transmitía a través de su pequeña blusa. Lo que no imaginaba era lo demás, el vértigo, el vacío. Como si veinte años de T.N.T. estallaran en su boca.

Se hizo atrás para recobrar el aliento.

—He estado deseando desde anoche que esto ocurriera —confesó.

Noemi abrió la puerta.

—Lo sé. Márchese ya.

Musgrave se marchó.

«Pluto», el «terrier», estaba en el jardín, pero no hizo de él el menor caso. Con las orejas tiesas, miraba fijamente uno de los rosales.

CAPÍTULO VII

La sensación era clara: la mirada insistente de unos ojos invisibles. Pero ¿dónde? ¿Los ojos de quién?

Musgrave examinó disimuladamente los alrededores, sintiendo que se le erizaban los cabellos de la nuca.

¿Quién?

Nadie, en definitiva. Nadie le prestaba atención especial. Se hallaba parado en la esquina de Tsalaba y Osmén Alí, uno de los puntos más concurridos de la ciudad, casi a las puertas del antiguo Crédit Marseillais. Una multitud indiferenciada circulaba en ambas direcciones. Indiferenciada por completo.

Musgrave anduvo cincuenta metros con todos los sentidos alerta. Su molesta sensación no desapareció, pero ni remotamente consiguió localizar su origen. ¿Una ilusión? ¿Un engaño?

Había un gran bazar en la Avenida Tsalaba, cerca de la siguiente esquina. Musgrave consultó su reloj antes de entrar. Las once. Luego avanzó a través de la planta baja, en dirección a los servicios públicos; se encerró en una cabina telefónica, llamó al Hotel del Centro y pidió comunicación con sus habitaciones.

Le respondió inmediatamente la voz impersonal y comercial de Johnny Gunther, profunda, bien timbrada:

—Usted dirá.

—Be como Boyd. ¿Hay novedades?

—Las habrá: ha entrado un abejorro por la ventana. Yo estoy, mientras, en el bostezo doscientos dos.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—Bueno, atiéndeme. A las doce y cuarto iré en busca de Noemi Allen y la llevaré a almorzar al Karnak Palace. Cuélate en su casa apenas salgamos, que no es difícil, y regístrala sin descuidar un centímetro. Ha de haber algo allí; no sé qué, pero algo. Si lo

encuentras, ven al «Karnak» y déjate ver. Yo me pondré en contacto contigo de un modo u otro.

Musgrave, desde el interior de la cabina, exploraba con la mirada, metro a metro, la planta baja del bazar.

—¿Qué es lo que debo buscar? —preguntó Gunther—. ¿Papeles?

—No tengo la menor idea.

—Muy bien, gracias por la colaboración. ¿A las doce y cuarto?

Musgrave no contestó.

—¡Eh! —exclamó Gunther—. ¿No me has oído?

A corta distancia de la entrada del bazar, un hombre examinaba las corbatas expuestas en un mostrador. El entrecejo de Musgrave se había fruncido al descubrirle. Aquel hombre era Ibrahim Bazuk.

—Sí, te he oído. A las doce y cuarto. Vigila la casa y entra en cuanto nos veas salir.

Gunther notó algo raro en su voz.

—¿Qué ocurre?

—Tengo a Ibrahim Bazuk sobre mi pista. Acabo de verle. Me gustaría saber qué le atrae.

—Yo te lo diré: el exquisito perfume de los dólares. Pero ve con cuidado. Cualquier gallina mojada, en las circunstancias en que se encuentra Bazuk, puede constituir un peligro.

—Quizá sí. Sea como sea, esto no está claro. Hasta luego, Johnny.

Musgrave cortó la comunicación.

Salió rápidamente de la cabina y anduvo hacia Bazuk con paso vivo, sin darle tiempo a emprender la retirada. Si era el hombre de los dientes amarillos quien estuvo espiándole, quien había provocado en su epidermis la sensación de que unos ojos invisibles seguían sus movimientos, debió de perder el rastro cuando él entró en el bazar. Por ello se encontraba cerca de la puerta.

Pero la rapidez de la reaparición de Musgrave, tomándole de improviso, le había puesto en evidencia. Esto era perceptible en la tensión con que se fingía abstraído en la contemplación de las corbatas, y lo fue en el estremecimiento con que reaccionó al apoyarle el americano una mano en el hombro.

—¿Renovando el ajuar, Bazuk?

Los dientes amarillos aparecieron en una forzada sonrisa.

—¡Hombre, qué casualidad! Es usted la última persona que

hubiera esperado encontrar aquí.

—¿Por qué me buscaba, entonces?

—¿Buscarle?

—Lleva parte de la mañana siguiéndome. Me ha perdido mientras llamaba por teléfono, fíjese, desde las cabinas que hay al fondo. No es usted, que digamos, un sabueso de primera clase.

—Su talento deductivo me abruma —declaró Bazuk, con sarcasmo—. Si le aseguro que, después de nuestra conversación de ayer, todo mi interés por usted se ha esfumado, ¿me creerá?

—No.

—Simple falta de fe. No es culpa mía.

—Yo no creo sin ver y tocar, y hasta ahora estoy viendo y tocando lo contrario de lo que usted afirma. Bazuk, mi opinión personal es que es usted un pobre idiota, pero pudiera equivocarme; y en caso de que me equivoque, me gustaría aconsejarle mucho, muchísimo tiento. Hacer un cadáver de un hombre como usted cuesta asombrosamente poco. Si se ha metido en este asunto con pleno conocimiento de causa, no necesito ser más explícito; si anda a tientas, mejor es que huya hacia un lugar donde brille la luz.

Bazuk tomó una corbata de seda verde y la examinó con atención.

—¿De qué asunto habla, señor Musgrave? ¿De la venta de trilladoras mecánicas?

—De ventas en general.

—Qué curioso. —Bazuk miró el precio en la etiqueta de la corbata, y suspiró desalentado—: Usted sufre cierta inclinación a proferir amenazas en cuanto abre la boca. Revela una mentalidad muy consecuente, pero aparte de esto resulta que las amenazas caen en el vacío. ¿Sugiere que corro peligro de muerte por haberle encontrado aquí? ¡Maravilloso! Recuerdo haberle dicho ayer que la muerte no me asusta…

—Baladronadas.

Los dientes amarillos reaparecieron.

—Lo único que me asusta es la pobreza, señor Musgrave. ¿Se ha parado en algún momento a pensar que podría hacerme con un buen fajo de billetes, a título de recompensa, denunciándole a usted a la Policía Especial del Estado?

—Comprendo. Un chantaje.

—Pues supongamos que sí.

—Para mí, Bazuk, es más fácil matar que pagar.

Bazuk se encogió de hombros.

—Adelante, entonces. El dinero o la muerte, mi problema no admite otra solución. Pero ha de ser pronto, ¿comprende usted? ¡Ha de ser pronto! Fijemos un plazo… de veinticuatro horas. Hasta mañana a las doce. A las doce de mañana me dirigiré con mi denuncia a la Policía Especial. Obre usted en consecuencia, señor Musgrave: pague o mate. Sea lo que sea, yo no puedo esperar.

—Baladronadas —repitió el americano, secamente.

Bazuk devolvió la corbata a su sitio, dedicándole una caricia furtiva. Hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Me admira que haya llegado tan lejos en su oficio si toda la vida fue así de cabezón. Adiós, señor Musgrave.

Musgrave preguntó:

—¿Dónde puedo encontrarle si cambio de idea?

La mirada de Bazuk adquirió brillo por unos segundos.

—Llame al café donde nos vimos ayer y déjeme una cita. Antes del mediodía de mañana, señor Musgrave, procure no olvidarlo.

—Procure usted no olvidar que mi llamada puede significar, no el dinero, sino la muerte.

Bazuk saludó con una inclinación de cabeza, giró sobre sus talones, y lentamente, sin sacar las manos de los bolsillos, paso a paso, abandonó el bazar.

Musgrave le siguió minutos después. Esperaba, cuando salió a la calle, que la sensación de ser vigilado habría desaparecido, pero no fue así. Persistía. Era exasperante. Sus esfuerzos por localizar nuevamente a Ibrahim Bazuk o a quienquiera que ahora le vigilase no dieron el menor fruto. La multitud —abigarrada, callejeante, africana en cuerpo y espíritu— volvía a ser la multitud.

A las doce y dieciséis minutos entraba Musgrave en el jardín del *bungalow* de los Allen. Su primera mirada fue para el rosal a cuyo pie había enterrado la caja. El pequeño montículo continuaba igual, nada parecía haber sido tocado. ¿Acaso no tenía olfato el «terrier»? ¿O era en sus costumbres distinto a los demás perros?

Noemi llevaba un vestido azul celeste que realzaba sus rasgos infantiles, pero la expresión de sus pupilas no era menos maligna que en ocasiones anteriores.

—¿Qué tal su cabeza? —preguntó.

—Mal… —dijo Musgrave, y era verdad: sentía unas palpitaciones dolorosas en el punto donde había recibido el golpe, y un como cerco de acero ciñéndole el resto del cráneo—. Pero otras veces he estado peor, y no tenía junto a mí una colegiala vestida de fiesta para aliviarme.

La muchacha atusó la acampanada falda de su vestido.

—¿De veras crees que me tomarán por una colegiala, Boyd?

—La gente es ingenua.

Ella rió. Eran sinceras su despreocupación y su alegría. Detonantemente sinceras, habiendo muerto su padre el día anterior.

—Un trago de *whisky* y otro par de aspirinas te aliviarán mejor que yo. Aguarda un momento.

Musgrave aguardó en el vestíbulo. No quería demorar su partida por varias razones, entre las cuales no era el hecho de que Gunther hubiera de practicar su registro la principal. Allí, en el vestíbulo, engulló las aspirinas y bebió el *whisky*. No le importó que Noemi no demostrase la menor prisa. No le importó la muda petición de sus ojos.

—¿Vámonos?

La joven titubeó.

—¿Funcionan convenientemente tus meninges?

—¿Por qué?

—El hombre ha llamado.

No era la respuesta que esperaba Musgrave.

—Ha… llamado…

—¿Qué pasa? ¿Te sorprende?

—No.

—He seguido tus instrucciones. Le he dicho que tenías las órdenes y el dinero. Me ha encargado comunicarte que todo ha de resolverse antes de veinticuatro horas.

El plazo hizo a Musgrave pensar involuntariamente en Ibrahim Bazuk.

—¿De qué modo?

—Ha añadido que tú debes llevar la pieza de identificación que permita cerrar el trato inmediatamente. De lo contrario, expedirá un nuevo lote de seis… Un nuevo lote de seis, Boyd: supongo que esta expresión te resulta más inteligible que a mí.

—Totalmente inteligible. Pero ¿cuándo y dónde se cerrará el trato?

—Esta noche se celebra una gran fiesta para inaugurar el Club Mediterráneo, que ha de ser en el futuro un centro de atracción turística; en el futuro quiere decir si alguna vez deciden los turistas volver a pisar esta tierra…

—Muy bien. Y esa fiesta, ¿qué?

—Allí se producirá el contacto.

—Lo cual significa que he de procurarme una invitación.

—Y procurarme otra a mí. Es el precio de mi trabajo.

—Hum… ¿Cómo identificaré al hombre?

—Alguien se te acercará y te dirá que en las fiestas, a despecho del Corán, se bebe cada día más alcohol. Tú contestarás: «Pero sus efectos son inofensivos». Si el hombre añade que eso es porque la gente acude bien preparada, tú dirás: «Con todo lo necesario». A condición, naturalmente, de que hayas acudido con lo necesario.

Musgrave, pensativo, fijó la mirada en el fondo de su vacío vaso de *whisky*. Luego lo depositó sobre una mesilla contigua a la puerta y se secó los labios con el dorso de la mano.

—¿Estás segura de que han sido ésas las instrucciones?

—¡Boyd!

—¿Qué?

Noemi se colocó delante de él y le asió ligeramente de las solapas.

—Me comprometí a prestarte ayuda porque hacerlo constituía una necesidad moral para mí, pero también constituye una necesidad moral que confíes en mis palabras. Si no, todo se va al cuerno.

—Es posible que todo se vaya al cuerno de cualquier manera —replicó Musgrave, ceñudo—. En esta clase de juegos yo no confío ni en mis propias palabras, preciosa. Me importan un pepino las necesidades morales, los sentimientos personales, lo prejuicios sentimentales, así míos como de los demás. Trata de meterte esa idea en el seso.

Las manos asieron la solapas con más fuerza.

—Boyd, tú eres un hombre, un hombre de verdad. Pero yo soy solamente una mujer…

—No me gusta llevar arrugadas las solapas. Suéltame.

—Sí, Boyd —musitó la joven.

Cuando él abrió la puerta y salió, le siguió como una esclava hubiera seguido a su amo.

CAPÍTULO VIII

Desde el mismo bar que Musgrave había elegido aquella mañana como observatorio, por ser el punto más disimulado de la zona, Johnny Gunther vio a su compañero salir del *bungalow* en compañía de Noemi Allen, y a ambos tomar el «Studebaker» amarillo de la joven y partir. Entonces pagó en el bar lo que había bebido mientras duró la espera. Con su aire aplomado, de hombre cuyos negocios marchan estupendamente, se dirigió a la casa.

No halló obstáculos. Abrir la puerta no le costó más de un minuto. Entró. Cerró de nuevo.

El primer obstáculo apareció inmediatamente.

«Boyd pudo haberme prevenido, maldito sea», pensó Gunther. No había contado con aquello: erizado el pelo, desnudos los colmillos, tieso y amenazador, un «terrier» estaba plantado en medio del vestíbulo. Dos cosas podían ocurrir: que ladrase o que no ladrase. Si ladraba, el escándalo —Gunther conocía, por una antigua y desagradable experiencia, los ladridos de un «terrier»— alarmaría al vecindario; si no ladraba, mordería, lo cual no era una perspectiva mejor.

El perro hizo, ambas cosas: ladrando con furia salvaje, se precipitó a morder los tobillos del hombre. Gunther pensó por un fugaz instante en la falsedad de los refranes, pero enseguida se vio obligado a tomar medidas de defensa. Lanzó un puntapié, que el «terrier» esquivó. Trató de agarrarlo por el pescuezo y recibió un mordisco que por un milímetro no le desgarró de extremo a extremo la mano.

Furioso, agarró la estera que cubría parte del suelo del vestíbulo y quiso arrojarla contra el animal y envolverlo en ella. Falló una vez. Falló otra, y los colmillos del «terrier» entraron en doloroso contacto con su pantorrilla.

Se lanzó en plancha sobre el perro. Consiguió cazarlo, pero el

animal, sorprendido, se debatió con vigor y escapó nuevamente. Gunther giró sobre sí mismo. El perro ladraba ruidosamente, zigzagueaba, saltaba por doquier… Nuevo ataque en plancha, fracasado a medias. El «terrier» se defendió con encarnizamiento, y el hombre, consciente de lo grotesco de la lucha, rompió a jurar.

Cuando ya creía tenerlo definitivamente preso, el animal volvió a liberarse. Esta vez, escarmentado, optó por emprender la fuga hacia el fondo del vestíbulo. Desapareció por una puerta, pero sus ladridos de alarma continuaron en escala mayor aún. Revelaban de manera tan clara que en la casa había un intruso que Gunther se dijo que a ningún precio podía tolerarlos.

Se precipitó en pos del «terrier» llevando consigo la estera. El perro se había refugiado en la cocina, donde había un amplio y tosco almohadón que era indudablemente su cama. Su voz sonaba como un clarín. Gunther saltó una vez más, ahora con buena fortuna. Cayó sobre el animal, lo cazó bajo la estera y le echó encima todo su peso. «Pluto» soltó un suspiro como si se vaciase. El hombre arrolló la estera y lo inmovilizó. Le oyó todavía gruñir un poco, quejumbrosamente, pero enseguida calló, aconsejado sin duda por el miedo. La estúpida pelea había terminado.

En aquel momento, para levantarse, Gunther apoyó una mano en el almohadón del «terrier».

Su frente se arrugó.

Reprimió una sonrisa.

Su frente volvió a arrugarse.

Se echó a reír.

¡Qué sencillo! Murmuró: «Muchas gracias, compañero», y estuvo a punto de soltar al pobre animal, quieto y silencioso en su incómoda envoltura. ¡Qué sencillo sería su trabajo!

Cogió el almohadón y rasgó de un tirón la costura del borde. Su tacto, cuando apoyó la mano casualmente, no le había engañado: había algo dentro. Lo sacó. Era una cartera de cuero blando, muy plana. La abrió. Sus cejas se enarcaron. Tenía entre los dedos una credencial de la Embajada soviética, dos sobres vacíos, un salvoconducto… Todo ello a nombre de Fedor Negesky, funcionario diplomático. Sin fotografías.

Gunther devolvió los papeles a la cartera y ésta al interior del almohadón. Su corazón rebosaba agradecimiento hacia el «terrier».

De no ser por él —y por la suerte—, ¿cuánto tiempo habría perdido registrando la casa hasta encontrar aquellas piezas? ¿Las habría encontrado nunca?

«Ha de haber algo allí», le había dicho Musgrave. Lo había; algo absolutamente imprevisible, pero lo había.

¿Qué podía significar?

Gunther contempló el almohadón con los brazos cruzados. El desgarrón no tenía remedio, pues carecía de hilo y aguja para repararlo, y de tiempo para procurárselos. Que fuera descubierto, ¿traería consecuencias? ¿Y cómo impedirlo?

Se encogió de hombros y decidió dejarlo tal como estaba. Desenrolló rápido la estera, para soltar al perro, que huyó prudentemente a refugiarse en el extremo opuesto de la cocina, y desde allí le dedicó un sordo gruñido. Sin hacer caso de él, Gunther devolvió la estera al lugar de donde la había tomado, miró un momento en torno y abandonó la casa.

Veinte minutos después entraba en el suntuoso comedor del «Karnak Palace». Había bastante gente: dos terceras partes de las mesas ocupadas. Podía reconocerse a unas cuantas figuras destacadas de la política y del Ejército. Una orquesta indígena, en el estrado, interpretaba una melodía sosa y desagradable.

Inmediatamente vio a Musgrave y la muchacha, sentados a su derecha, abstraídos en comer y conversar. Le pareció que Musgrave no reparaba en él. El hecho era disculpable: ahora que podía examinarla a distancia conveniente observaba Gunther en Noemi Allen cualidades asombrosas. De lejos, se la hubiera creído una adolescente, una niña; de cerca se advertía que era toda una mujer, y además la clase de mujer por la que uno se arroja de cabeza y sin titubear al infierno.

Un rótulo en inglés, francés y árabe indicaba la situación de los lavabos y el teléfono. Gunther se dirigió hacia allí, se encerró en una cabina telefónica y marcó el número de la Embajada de los Estados Unidos.

—¿Quiere ponerme con el señor Downing? Asunto personal… ¿Cómo? ¡Asunto personal! ¡Deprisa!

Su tono era lo bastante enérgico como para que el llamado Downing acudiese al instante.

—Embajada de los Estados Unidos. James Downing al aparato.

—Aquí S. 368… ¿Puedo hablarle?
Sonó un «clic», y luego nuevamente la voz de Downing:
—De como Downing. Adelante.
—Aquí S. 368, repito. Jota como Johnny.
—Mucho gusto. Estoy a su disposición, conforme a la orden número sesenta, servicio especializado. ¿En qué puedo servirle?
—Necesito toda clase de informes acerca de Fedor Negesky, funcionario de la Embajada soviética. Urgente. Respuesta a nombre de John Gunther o Boyd Musgrave, Aberdeen-Musgrave Company, Hotel del Centro. Precauciones habituales. Repítalo.
Downing lo repitió.
—Okey —dijo Gunther—. Urgencia extremada: subraye esto dos veces.
—Está subrayado. ¿Me da tiempo a ir a almorzar?
—No.
Gunther cortó la comunicación, salió de la cabina y se detuvo un momento a encender un cigarrillo. Llevándolo en los labios regresó al comedor. Buscó una mesa lo más alejada posible de la orquesta, pero visible desde el lugar donde se sentaba Musgrave, se instaló en ella y pidió la carta. A juzgar por las apariencias, su compañero continuaba ignorando su presencia allí.
Pero dejaría de ignorarla transcurridos apenas dos minutos. No sin sorpresa, Gunther oyó pronunciar su nombre:
—¡Señor Gunther! ¡Al teléfono el señor Gunther! ¡Señor Gunther!
Un botones lo voceaba avanzando a través del salón.
Musgrave alzó entonces la cabeza, descubrió a su camarada y sus miradas se cruzaron significativamente. Gunther hizo seña al botones:
—Yo soy Gunther.
—Cabina dos, señor. A la izquierda.
Deslizó un billete en la mano del muchacho y se dirigió nuevamente a los servicios. Una voz ahogada sonó en el teléfono apenas se hubo encerrado en la cabina y descolgado el aparato:
—¿Gunther?
—Sí.
—E como Ernie. ¿Le dice eso algo?
Gunther se quedó mudo de asombro. Al fin articuló:

—¿Ernie?

—Cae usted de las nubes, ¿no es así? Insisto: E como Ernie.

—¿Jota como Johnny?

—Y doble-uve como Warren.

—Ge como Gunther. ¿Sigue algo?

—MS 180 para mí.

—S 368… Pero, por Dios, Warren, ¿qué significa esto? ¡Le creíamos a usted todo lo muerto que se puede estar en este mundo! ¿O acaso le han cercenado en vivo una mano?

—Tengo las dos manos en su sitio.

—¡Es imposible!

—No hay tiempo para dilucidar imposibles, Gunther. No hay tiempo para explicar porque las llamas me lamen ya los talones… Estoy a dos pasos de usted, pero no puedo mostrarme. Le he visto. También he visto a Musgrave en compañía de Noemi.

—Su hija.

—Mi hija —asintió la voz, con una especie de tristeza—. Usted sabe que el pájaro ha hundido en Siberia a cuatro de los nuestros, ¿verdad, Gunther? El jefe quiso pasarse de listo, cuatro hombres lo han pagado… y a mí ha estado a punto de costarme la piel…

—¿Tiene idea de quién es esa gente?

—Un nombre. Claro que los nombres… Ahora ya carece de valor. Vamos a lo más apremiante, porque la carnicería no ha hecho sino empezar. Atiéndame. Si no me equivoco, Noemi se ha ofrecido a servirles de intermediario. ¿Sí? Acepten. Pero ¿han pensado que quizá lo que se nos pretende vender no es sino mercancía averiada, aire, humo? ¿Han pensado que puede tratarse de un engaño?

—Naturalmente.

—Bien. En lo que alcanza mi conocimiento del asunto, ese hombre les exigirá una pieza de identificación. Ustedes, por otra parte, necesitan disponer de la lista de nuestros agentes en la U.R.S.S. para comprobar que en la transacción no hay mala fe. ¿Me sigue, Gunther?

—Sí.

—Asistan entonces a la cita que les sea propuesta. Lleven la lista consigo. Imagino que ese tipo lo ha previsto todo para abordarles, e imagino, porque tengo pruebas palpables de su modo de proceder, que desconfía de nosotros como del diablo… Estoy absolutamente

seguro de que, para comprobar su identidad y guardarse las espaldas, les exigirá la exhibición, o quizá la entrega, de la lista de nuestra red. Es una garantía lógica. Entréguensela, si la pide.

—¿Cómo? —exclamó Gunther.

—¿No me ha comprendido?

—¡Condenación, Warren! ¿Ha perdido usted un tornillo? ¿Se ha tomado hoy la temperatura? Me encargan rescatar esa maldita lista, ¿y usted me pide por otro lado que la entregue? ¿Por qué no va a visitar al médico?

Al otro extremo del hilo, Warren se impacientó:

—Gunther, usted y Musgrave están en este país para cubrirme a mí, procure no olvidarlo. Soy yo quien maneja el negocio, el único que conoce los términos en qué está planteado… No puedo darle explicaciones porque serían demasiado largas y no conducirían a ninguna parte. Tranquilícese con respecto a esa lista: yo me encargo de recobrarla, ¿entiende? y le certifico que me he situado bien, para ello. Es la sola manera viable de echarle mano al pájaro, además. Claro que si prefiere usted empuñar el timón y fijar el rumbo… Hala, ¡adelante! He hablado demasiado ya, pero le advierto todavía que suya será la responsabilidad de los futuros desastres, ¡toda la responsabilidad! Concedo que la historia suena a misteriosa, pero no puedo evitarlo. Eso es todo. Estoy en guardia. Pronto nos veremos.

La voz se extinguió.

—Me toca las narices su cochino modo de subirse por las paredes —dijo ásperamente Gunther.

Pero Warren ya había colgado.

Mascullando una maldición, el agente salió de la cabina. En aquel momento vio a Musgrave que llegaba procedente del comedor. Se detuvo a esperarle apoyado en la pared, encendiendo sombríamente un cigarrillo, con una arruga de preocupación en la frente.

Musgrave dijo:

—Si estás aquí, algo has encontrado.

—No me gusta el giro que toman las cosas —replicó Gunther—. Sí, he encontrado algo. En el *bungalow* y aquí. Lo de aquí era un fantasma… con las dos manos en su sitio.

Musgrave entornó los párpados.

—¿Qué diablo dices?

—He hablado por teléfono con Ernie Warren.

La mano de Musgrave asió como una garra el brazo de su compañero.

—¡Con Ernie Warren! ¿Cómo sabes que se trataba de él?

—Se ha identificado correctamente.

—¡Eso no basta!

—Tampoco basta para creer que se trata de otro.

—Pero, entonces, ¿qué significaban la mano y la carta de residencia de Johnny Allen? ¿Por qué nos fueron enviadas? ¿Acaso Allen y Warren no son, como supusimos, una misma persona?

—Lo son. Warren ha dicho que Noemi Allen es su hija.

—No entiendo una palabra.

Gunther se encogió de hombros.

—A ver si entiendes lo demás.

Relató cuánto había ocurrido en la casa y repitió casi literalmente su conversación con Warren. Musgrave le escuchó como si sorbiera su aliento. La expresión de su rostro se tomó grave.

—Cuerno —murmuró—. ¿Quién es Fedor Negesky?

—No lo sé.

—¿Por qué no se lo has preguntado a Warren?

—Ha cortado la comunicación cuando iba a hacerlo.

Musgrave lanzó una rápida mirada en dirección al comedor.

—Debo volver con la chica… De todos modos, esta noche se aclararán algunas de nuestras dudas. Consigue de la Embajada tres invitaciones para la inauguración del Club Mediterráneo y llévalas al hotel. Allí nos veremos luego.

—¿Qué pasa en el Club Mediterráneo?

—Pasará. Nuestro hombre establecerá contacto conmigo. Quiere liquidar el negocio antes de veinticuatro horas… y no es el único en haber fijado ese plazo.

—¿Quién más?

—Alguien cuya conexión con todo esto no veo ya tan clara como antes.

—¿Y bien?

—Me refiero a Ibrahim Bazuk —dijo Musgrave, camino del comedor, volviendo un instante la cara.

«Ibrahim Bazuk», repitió Gunther para sí. Los enigmas le ponían

furioso, y ahora se encontraba ante un enigma del tamaño del Rockefeller Center.

Más tarde, en el hotel, cuando Musgrave le detalló su parte en el asunto, el enigma le pareció mayor aún.

CAPÍTULO IX

El Club Mediterráneo era una obra ambiciosa, un monumento megalítico del mundo moderno, henchido de lujo, desbordante de luz; la clase de edificio que sólo se construye cuando un gobernante cree que el prestigio político puede cimentarse en la hipertrofia de la arquitectura. Numerosos vehículos habían llegado ya y estaban aparcados un poco al buen tuntún.

Gunther descendió del taxi que le había conducido, avanzó, mostró su invitación al negro y gigantesco portero. Traspuesto el umbral, se encontró por un instante en el centro de un torbellino de muchachos y muchachas indígenas que parloteaban como loros.

Desde el edificio principal, el terreno descendía hacia el mar en terrazas. La playa, oscura, rumorosa, desierta, se hallaba al norte, pero la costa describía inmediatamente un ángulo tan recto que el club, en su flanco oriental, proyectaba sobre el agua una vasta plataforma, debajo de la cual había un muelle para embarcaciones de recreo. Al oeste se encontraban cuatro pistas de tenis iluminadas por potentes focos. El resto, en lo que alcanzaba la vista, era un parque magnífico, cuyos senderos y avenidas habían sido balizados con hileras de faroles de colores, muy bellos entre el follaje de los árboles tropicales.

Gunther tiró maquinalmente hacia abajo de su blanco *smoking* y tomó el camino del edificio. Una orquesta interpretaba música de baile americana. Algunas parejas se mecían a su compás en el vasto salón y en la plataforma sobre el mar, que estaba inmediata, llena de mesas, cada una con su lamparita.

Examinando la concurrencia, Gunther pensó que, de no ser por la abundancia de facciones semíticas y pieles más o menos oscuras, se hubiera creído en una gala nocturna del «Sporting» de Montecarlo. La reunión, indiscutiblemente, tenía clase. Los dignatarios oficiales asistían con sus mejores galas, y estaban

presentes las representaciones diplomáticas y lo poco que quedaba de las colonias extranjeras.

El conjunto recordaba anteriores tiempos. La animación era evidente. Corrían el champaña y el *whisky*, y por ninguna parte se advertía el peso de los preceptos coránicos.

—Habrá que ver quién pone aquí los pies cuando desaparezcan los invitados —dijo la voz suave y metálica de Musgrave.

Gunther le halló inopinadamente a su lado, con las manos en los bolsillos, un cigarrillo en el ángulo de la boca. Su rostro mostraba la expresión entre concentrada y desdeñosa de los grandes días.

—¿Y la chica?

—Bailando con un pipiolo. Quítamela de encima si vuelve, Johnny. Necesito libertad de acción. Hay… cierta cosa en el aire, ¿comprendes? que no acaba de gustarme.

Gunther miró a su camarada de hito en hito.

—¿Le has dicho que su padre vive?

—No.

—¿Por qué no?

—Warren puede estar vivo, o puede estar muerto.

Yo no creo sin ver y tocar.

Gunther titubeó.

—Boyd, ¿ocurre algo raro con esa muchacha?

—¿A qué viene la pregunta?

—No lo sé. Una impresión subjetiva. Conocí una, vez en el Bronx a una mocosa como ella, su vivo retrato. Su padre tenía veintidós millones de dólares y era el cacique del distrito. La chica se fugaba de casa cada noche, por una ventana, para empapurrarse de coca y jugar a la mujer fatal con los hampones. Uno, un boxeador reventado llamado Callaghan, se suicidó por ella. Estaba liada con Big Bill Unhard, dueño de un garito, y un día, después de una escena borrascosa, Unhard la mató de un tortazo. El escándalo fue enorme. Todos, comenzando por su padre, habían tenido hasta entonces a la mocosa por una florecilla de la buena sociedad… Sus ojos eran idénticos a los de la hija de Warren. Había… el mismo soplo del infierno en su persona…

—Soplo del infierno —repitió Musgrave, enarcando las cejas—. Tú siempre has sido un gran psicólogo.

—¿Y bien?

Musgrave no añadió otro comentario.

—No te alejes de mí —dijo—. Puedo necesitarte.

Volvió la espalda a Gunther y se marchó pausadamente en dirección al bar. Estaba tranquilo. Ignoraba cuánto tiempo le tocaría esperar hasta que el contacto se produjese, pero la espera le inquietaba poco.

Tuvo una sorpresa cuando, en su avance, se hallaba a la mitad del salón. Una sorpresa relativa.

—¿La venta de maquinaria agrícola impone esta clase de sacrificios, señor Musgrave?

Ulma Strauss le cerraba el paso. Estaba en compañía de un hombre corpulento, duro como el diamante, que usaba monóculo y llevaba afeitada la cabeza.

—Éste es el sacrificio más duro de todos: el trato social. Pero a usted me alegra verla.

—Es una alegría fácil de lograr.

—Usted no da a sus atractivos el valor que realmente tienen.

—¿Por qué dice eso?

—Porque pretende que yo la rehúyo. A usted no se la puede rehuir, señorita Strauss; no mientras sea un hombre y tenga ojos para verla. Lo único posible es aplazar el placer de estar a su lado, si circunstancias lo bastante imperiosas lo exigen.

Ulma sonrió burlonamente.

—Muy amable. Las circunstancias imperiosas, ¿se llaman Noemi Allen?

—Quizá.

—Les he visto llegar juntos. Demasiado joven para usted.

—Hay casos en que la juventud no depende de la edad.

—Probablemente —la muchacha se volvió a su acompañante—. Le presento al coronel Chaninov, de la misión militar soviética. El señor Musgrave.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Musgrave dijo:

—Está usted bien acompañado, coronel.

—Me abruma su galantería —replicó Ulma—, pero el coronel no entiende una palabra de inglés; Me gustaría hablar con usted, señor Musgrave —añadió en otro tono—. Luego, a solas. Es importante.

Escrutando sus ojos, Musgrave comprendió que su actitud burlona había sido postiza.

—Muy bien. Búsqueme en el bar.

Permaneció inmóvil mientras ella y el ruso se alejaban hacia la terraza. ¿Importante? ¿Importante en qué sentido? ¿Importante de una manera absoluta, o solamente para los propósitos de aquella indefinible criatura, fueran cuales fuesen?

Se encaminó al bar bordeando las pistas de baile. La fiesta estaba en su apogeo. Privada habitualmente, desde que las cosas tomaron el cariz que tenían, de ocasiones comparables a aquélla, la gente la aprovechaba con entusiasmo. Ruidosos grupos, en el largo bar, consumían bebidas de todas clases. Era de suponer que los presupuestos de propaganda del Estado recibirían un buen golpe.

Musgrave cazó un escabel, se sentó y pidió *whisky*.

Transcurrieron cinco o seis minutos.

—Me siento desconcertado —dijo alguien.

Musgrave suspiró y se volvió. Un hombre se apoyaba en el bar, a su espalda. Contemplaba sonriendo la animada perspectiva del salón, la terraza y los jardines. Era pequeño, con una cara flaca y pálida, y unos ojos que brillaban inteligentes tras de las gafas con montura de oro.

—Le pido perdón —dijo el americano—. He tenido la impresión de que me hablaba usted.

La mirada del hombre chispeó. Se acentuó su sonrisa. Su bigote y su boca recordaban los de Hitler.

—Un amigo acaba de dejarme —su inglés era culto, pero artificial—, y le decía que me siento desconcertado.

—Discúlpeme. He creído que se dirigía a mí.

El hombre emitió una risita.

—Desconcertado, porque, a despecho del Corán, en las fiestas se bebe cada día más alcohol.

Musgrave contuvo el aliento.

—Eso es verdad. Sin embargo, sus efectos son inofensivos.

—Porque la gente acude bien preparada, quizá.

—Con todo lo necesario…

—Ya —el hombre no disimuló su alivio—. Bueno, era tiempo de que nos encontráramos, ¿no le parece?

—Los placeres demorados son más intensos —replicó Musgrave mordazmente.

Varias parejas de muchachos bailaban en actitudes románticas a

pocos metros de ellos. Un barman depositó ante el hombrecillo una gran copa de vodka helado.

—Señor Musgrave —el americano le disgustó que el individuo conociera su nombre—, hemos reflexionado atentamente sobre las proposiciones de ustedes. Admita que nuestra circunspección es disculpable en asunto de tanta envergadura, y que era normal que rehusáramos prematuramente conceder cualquier tipo de ventaja.

Más allá de las parejas estaba Johnny Gunther. Musgrave encontró su mirada y le guiñó disimuladamente un ojo. Gunther comprendería.

—Lo admito.

—Sin embargo, puedo anunciarle que hemos revisado nuestros puntos de vista.

—Tanto mejor —Musgrave se preguntó adónde conduciría aquel preámbulo—. Eso me llena de alegría.

—No se precipite. Los hemos revisado en cierta medida y con las oportunas reservas.

El americano arrugó el entrecejo.

—Explíquese.

—En líneas generales, aceptamos el trato por cien mil dólares. Pero lamento muchísimo decirle que no dispongo de suma ninguna susceptible de entrega inmediata. Está usted decepcionado, lo adivino. Son órdenes que ni yo mismo esperaba y que trastornan la presente entrevista…

—¿Entonces? —murmuró Musgrave.

—Entonces, le propongo la combinación siguiente: encontrará usted donde ya sabe un cheque al portador por cincuenta mil dólares; un cheque, empero, que no será pagable hasta dentro de una quincena y a la vista de los primeros resultados… En ese momento, lo mismo usted que nosotros completaremos la entrega.

—Es decir, cincuenta mil más.

—Exacto. ¿Está conforme?

Cautivado por el lánguido balanceo de una de las muchachas que bailaban frente al bar, el hombrecillo no reparó en la estupefacción de Musgrave. El americano hundió la nariz en su vaso de *whisky*, bebió un sorbo y cerró los ojos como si meditara; cosa que hacía realmente, aunque no en el sentido supuesto por su interlocutor.

Estaba atónito, y con motivo. Esperaba encontrar a un hombre que le exigiría cien mil dólares a cambio de la restitución de un documento. En lugar de ello, ¡el hombre hablaba de obsequiarle a él con la misma suma! ¿A cambio de qué?

Algo, evidentemente, no funcionaba como debía funcionar.

El hombrecillo del bigote hitleriano repitió:

—¿Está conforme?

Musgrave sacó un cigarrillo, lo encendió y se echó a reír.

—No veo manera de evitarlo.

—¿Ha… traído consigo?…

La frase quedó en suspenso.

—¿Qué?

—En fin…

—Es usted indiscreto. Demasiado indiscreto.

El hombre se encogió de hombros.

—Sin duda lo soy. Bien, no importa. Debo dejarle: la conversación ha durado lo suficiente. Creo inútil recomendarle la mayor prudencia, señor Musgrave.

—Inútil —asintió el americano.

Vio al hombrecillo apartarse del bar, donde su vodka seguía intacto, y alejarse hacia la terraza sin mucha, decisión. Se hallaba aún bajo la impresión de sorpresa que aquella breve charla le había producido.

Pero, mientras miraba al hombrecillo, vio algo más Primero, a un hombre parado en el camino de la terraza: alto y recio, de cabello negro y ensortijado, ojos muy juntos, cejas velludas… Era el mismo hombre que le derribó de un culatazo en el *bungalow* de Allen, ¡y estaba ahora haciéndole señas disimuladas de que se reuniera con él!

Luego vio a Noemi Allen, sola; que se aproximaba con una vaga sonrisa en los labios.

Necesitaba alejarla nuevamente. Necesitaba en aquel momento la máxima libertad.

Volvió la cabeza en dirección a Gunther, y un leve signo bastó para que éste se percatase en parte de lo que sucedía. Echó a andar. Llegó junto a Musgrave en el mismo instante que la muchacha.

—¿Bailamos? —dijo.

La súbita proposición sorprendió a Noemi.

—Es Johnny Gunther, mi apoderado —Musgrave lo presentó apoyando con agradecimiento una mano en su hombro—. Un Gene Kelley con más atractivo varonil. Un Charlton Heston especialista en «*rock*».

Noemi examinó a Gunther de pies a cabeza. Semejó complacida del examen.

—Bailemos. Si no tiene las virtudes que Boyd le atribuye, tiene por lo menos la de la decisión.

Musgrave apuró su *whisky*. Había conseguido la libertad.

Se dirigió a la terraza apenas Gunther y la joven desaparecieron entre los bailarines. Detrás de las mesas, a la izquierda, acodado en la baranda y mirando al mar, estaba el hombre.

Se acodó a su lado. El hombre dijo:

—No le pregunto si se acuerda de mí.

—Me acuerdo perfectamente.

—Señor Grimble, he de hablarle.

—¿Señor Grimble? Musgrave recordó. Jack Grimble era el falso nombre que se había atribuido como agente de la Interpol. Contuvo una sonrisa.

—Inspector Cassim, le escucho.

—No bromee. Cuando le he atacado no podía elegir. Y, sobre todo, no podía saber… Está usted aquí esta noche, y supongo que es a causa del asunto que nos interesa a los dos. ¿Me equivoco?

—¿Qué asunto?

—Repito que no bromeo, señor Grimble.

Musgrave estaba perplejo. Si él bromeaba, el hombre no. Le daba el nombre de Grimble con absoluta buena fe.

—Continúe.

—No aquí. Baje dentro de cinco minutos a la playa.

No hay nadie. Podremos hablar con tranquilidad.

Hubo una pausa.

—Le advierto que estoy armado —dijo Musgrave—. Le advierto que tiro pronto y bien. Será mejor que no base su confianza en el resultado de nuestra anterior entrevista.

El hombre murmuró algo ininteligible. Añadió:

—Si tuviera, intenciones agresivas no me complicaría la vida de este modo. Lo que quiero decirle es de la mayor importancia. ¿Vendrá sí o no?

—Sí.

—Dentro de cinco minutos.

Musgrave se apartó de la baranda. No quería volver al salón por temor a encontrarse de nuevo con Noemi, de modo que recorrió transversalmente la terraza con ánimo de dirigirse a los jardines. Estaba en éstos, casi al comienzo de una de las escaleras que descendían a la playa, cuando Gunther surgió inopinadamente de las sombras y se le unió.

—¿La muchacha?

—Buscándote —dijo Gunther—. Soplo del infierno no era la expresión apropiada, Boyd. Demasiado suave… ¿Qué ocurre?

Musgrave no contestó.

Abajo, en la playa, se produjo un ruido breve, inconfundible. Quizá la inmensa mayoría, la totalidad de los asistentes a la fiesta no lo habrían oído, o no atinarían a identificarlo, pero era inconfundible para los sentidos adiestrados de ambos hombres.

¡El ruido de un disparo!

CAPÍTULO X

Musgrave y Gunther bajaron a saltos la escalera. La playa era, desde arriba, una sábana de sombra, pero cuando se llegaba a ella se la veía iluminada por los resplandores que expandía el gran edificio.

Un hombre huía a la carrera, paralelamente al mar. En la arena estaba tendida una forma humana.

La pistola de Musgrave salió de la funda con tal rapidez que semejó que el agente la cogía del aire. Sonó una detonación apagada por el viento. El fugitivo comprendió su significado y se detuvo.

Los dos americanos avanzaron en su dirección.

—¡Ibrahim Bazuk! —exclamó de pronto Musgrave—. ¡Acércate, Bazuk! ¡Acércate, condenado!

La alta, negra y tétrica figura plantada unos metros más allá obedeció. La lejana luz prendió en sus largos dientes amarillos.

—Boyd Musgrave. Debí suponerlo. Si ocurre un contratiempo, es seguro que Musgrave anda por los alrededores.

—¡Cierra el pico y levanta las manos!

Bazuk levantó las manos. Gunther se situó a su espalda para registrarle, lo que hizo con veloz habilidad.

—¿Dónde la has puesto?

—¿Qué cosa?

—Acabas de matar a un hombre. ¿Dónde está el arma?

—¿Se trata de una broma? Porque…

La pesada mano de Gunther, golpeando de través, ahogó las palabras de Bazuk en su garganta.

—No se trata de una broma.

—¡Musgrave! —imploró el hombre—. ¡Usted me conoce! ¡Dígale…!

—Lo único que puedo decirle, puesto que te conozco, es que te

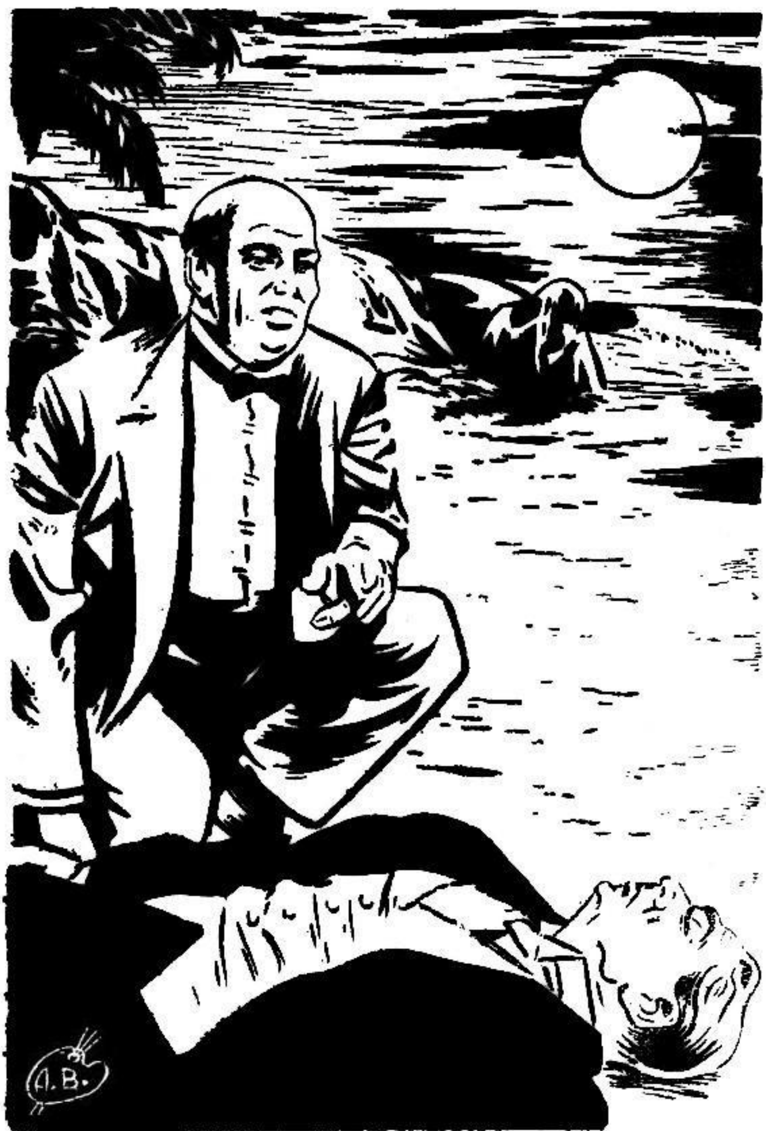
pegue un tiro.

—¡Pero yo no he matado a nadie!

—Veamos —gruñó Musgrave.

Obligó a Bazuk a caminar hasta el cuerpo tendido en la arena. Gunther se arrodilló y lo examinó. Dijo:

—Ya no es de los nuestros. Pasaportado.



—Ya no es de los nuestros...

Bazuk se estremeció.

—Yo no he sido.

—¿No? —replicó Musgrave—. Echa una mirada en torno. Delante, el mar, a la derecha, el mar, a izquierda y derecha, la playa solitaria… Detrás están los jardines, de donde venimos nosotros.

Entre el instante en que ha sonado el tiro y el de nuestra llegada ha sido imposible que un, hombre desapareciese. Compruébalo por ti mismo.

—Lo compruebo pero no basta la falta de explicación… ¡Ah! —Los dientes amarillos asomaron en una breve sonrisa—. ¡Han sido ustedes!

El nuevo golpe de Gunther le derribó. Se levantó furioso.

—¿Quieres más?

—¿Más? —rugió—. ¡Estoy hasta las narices de esto! —Ensartó una larga hilera de imprecaciones árabes—. Sí, creen que yo he matado a ese hombre, ¡llamen a la policía! ¡Exijo que la llamen! ¡Ahora me toca bromear a mí!

—No lleves las bromas muy lejos, Bazuk —dijo Musgrave fríamente—. No muy lejos. Siento profundo respeto por la muerte y detesto las bromas en presencia de un cadáver. Más vale que tomes las cosas en serio. Se te están haciendo preguntas. Contéstalas.

Bazuk masculló una nueva letanía de improperios.

—Si he sido yo quien ha disparado, ¿dónde está el arma? ¡Examinen el paisaje! ¡Vamos!

—El arma está en el mar. Tú la has arrojado.

—¡Pruébenlo!

—Temo que confundas esto con un tribunal de justicia, Bazuk. Es, para ti, algo mucho menos agradable. Sé, desde que te interpusiste por primera vez en mi camino, que tus propósitos van mucho más lejos de lo que parece; mucho más lejos que la oferta que me hiciste ayer tarde, mucho más que el chantaje con que me amenazaste esta mañana… Simples tapaderas. Bazuk, sonó la hora de hablar claro: ¿qué es lo que ocultas?

Bazuk guardó un instante de silencio. Después dijo con serenidad:

—No oculto nada. Comprendo que a usted le resulte difícil creerlo, señor Musgrave, pero no oculto nada. Quiero dinero. ¿Por qué insistir siempre en lo mismo? Después de nuestra primera conversación deduje que usted estaba metido en un asunto muy grande. Decidí vigilarle y sacar tajada, y la sacaré aunque sea matando la gallina de los huevos de oro, o sea denunciándole a la Policía Especial a cambio de una recompensa. Se lo juro, ¿me oye? ¡O dinero, o el infierno!

Musgrave permaneció impasible.

—¿Por qué le has pegado un tiro a este hombre?

—No se lo he pegado.

—¿Qué hacías aquí?

—Me he introducido en la fiesta para espiar los movimientos de usted, seguro de que iba a producirse algo. He adivinado que ese hombre le daba una cita. Le he seguido cuando ha bajado a la playa, y luego, de sopetón, el hombre me ha descubierto, y en el mismo instante alguien ha disparado contra él a distancia… Le he visto caer en la arena… No me asusto con facilidad, pero los tiradores invisibles y de primera clase, ésos me impresionan.

—Demasiado inocente —opuso el americano.

Por el rabillo del ojo observaba cómo Gunther registraba al muerto. El cuerpo sin vida del «inspector Cassim» parecía mayor y más pesado que nunca, aplastado sobre la arena por su propia masa.

Gunther dijo:

—¿Conocías el nombre de este pájaro, Boyd? —Había encontrado una cartera y exponía a la débil luz, para verlas, las piezas de identidad—. Apuesto a que no. Apuesto mil a uno.

—Ganas la apuesta.

—El nombre era Mihail Negesky…

Musgrave se mordió los labios.

—¿Mihail?

—Sí. No Fedor Negesky, sino Mihail.

¿Negesky? ¿El mismo apellido, aunque con otro hombre, que figuraba en los papeles ocultos en la cama del perro de los Allen?

Musgrave aumentó la presión de su pistola en el estómago de Bazuk.

—Bien, ya lo has oído. El apellido Negesky, ¿te dice algo?

—Nada. Suena a ruso.

—Bazuk, no te pases de listo. Tu posición es peligrosa.

—Mi posición es envidiable —replicó el hombre, exhibiendo los dientes—. Lo único que me preocupa es hasta cuándo vamos a estar aquí perdiendo el tiempo.

Soy de naturaleza paciente, pero esta asamblea de cuatro menos uno empieza a cansarme.

Musgrave miró a Gunther. Éste se encogió de hombros: una manifestación de impotencia, expresiva de que la situación no tenía

salida razonable. «Mi posición es envidiable», había dicho Bazuk. Aunque le doliese, Musgrave había de reconocer que estaba en lo cierto.

Retiró la pistola y la enfundó.

—Guardarás la boca cerrada, Bazuk. No has visto nada, no has oído nada, no sabes nada… Por el momento, vete en paz. Pero esta historia no ha terminado todavía.

Ostensiblemente, Bazuk consultó su reloj.

—No terminará hasta mediodía. ¿Recuerda el plazo que fijamos, señor Musgrave? Mi silencio vale veinticinco mil dólares. Antes de las doce de mañana espero noticias suyas, no lo olvide.

Musgrave dijo con calma:

—Antes de esa hora morirás.

Bazuk asintió:

—Estoy conforme.

Dio media vuelta y se alejó con paso fatigado.

Los dos americanos siguieron con los ojos su figura hasta que se confundió con las tinieblas. Desde el club, mecida por el viento, la música les llegaba en ondas intermitentes. Entre los ecos del *jazz* y el monótono canto de las olas se deslizaban negras manchas de silencio; del gran silencio nocturno, en medio del cual adquirió el cadáver de Mihail Negesky toda su turbadora significación.

—Puerco negocio —murmuró Musgrave—. Puerco negocio, Johnny.

Calló. Un cansancio infinito le invadía, así, de pronto, como si pesara sobre sus espaldas toda la carga de su aventurera existencia.

—¿Qué ha habido del contacto? —preguntó Johnny Gunther.

Ciertamente: el contacto. Una sensación de vacío sucedió al cansancio. Musgrave cerró los ojos. La vida, la estúpida vida, se le aparecía sin objeto, reducida a los términos de una lucha feroz para sobrevivir. Desde las partículas de arena que crujían cajo sus zapatos a las altas estrellas indiferentes, el universo era un monstruo que se devoraba a sí mismo, sin reposo, por toda la eternidad. Un vértigo de soledad le oprimió el pecho.

—Johnny, ¿qué haríamos tú y yo sin este maldito oficio? No hay como esto… para no pensar en nada… nunca…

Gunther dijo secamente:

—Te he preguntado qué ha habido del contacto. Musgrave

agradeció la sequedad. Respiró hondo.

—Increíble. El pájaro no me ha pedido dinero.

—¿Qué ha pedido, entonces?

—Me lo ha ofrecido.

—Boyd, ¿estás loco?

—Alguien ha de estarlo, por supuesto, pero no yo. Ese hombre me ha ofrecido cien mil dólares. Te dejo a ti, si te atreves, la tarea de explicarlo.

Gunther se pasó la mano por la frente.

—Sería prematuro sentar conclusiones, aunque me parece evidente que las cosas son en realidad completamente al revés de lo que imaginábamos. Cabe sospechar que Ibrahim Bazuk ha matado a este hombre; y resulta que este hombre se llamaba Mihail Negesky, mientras que los papeles que yo descubrí en el *bungalow* de Allen pertenecían a un tal Fedor Negesky. Tú sabes lo que James Downing ha comunicado en relación con Fedor Negesky. Tú sabes que creíamos muerto a Ernie Warren y que no lo está. Resultado: ¡esta noche todo anda de cabeza!

—¿Es eso una explicación?

Gunther rió ahogadamente. Asió a su camarada del brazo.

—Vuelve junto a Noemi Allen. Despídete de ella, a condúcela a casa, o abandónala, o haz lo que gustes; pero antes de una hora debes estar en el hotel. Me reuniré allí contigo y elaboraremos un plan de operaciones.

Musgrave miró en la dirección por dónde Bazuk había desaparecido.

—Ibrahim Bazuk necesitaba un balazo. Quizá sea un error hacerle esperar.

Gunther no lo negó.

—Hay tiempo —dijo, simplemente—. Líbrate de Noemi y ve al hotel, Boyd. Luego nos veremos.

—¿Qué harás tú mientras?

—Trataré de charlar un rato con el chiflado capaz de ofrecerte cien mil dólares en lugar de exigírtelos. Confío en que no se haya marchado ya. Tengo la impresión… de que esta fiesta no le parece divertida.

CAPÍTULO XI

El hombre dio algunos pasos por el espacio destinado a aparcamiento. Sus gafas cazaron un reflejo. Se detuvo junto a un sedán negro y hundió la mano en el bolsillo, como para sacar las llaves.

Gunther avanzaba a plena luz, procurando que sus movimientos fueran lo más naturales posible.

—Perdóneme —dijo—. ¿Va usted al centro de la ciudad?

El hombre alzó sus gafas, las apoyó de nuevo sobre la nariz y adelantó la cabeza.

—Sí.

—¿Podría llevarme? No consigo poner mi coche en marcha.

El hombre adelantó la cabeza un poco más.

—Estaba usted en la fiesta, ¿no? Me parece haberle visto.

—Estaba.

—Suba.

Gunther se instala a su lado. Mientras describía en términos vagos la supuesta avería del carburador de su vehículo, examinó disimuladamente el «tablier». La placa de identidad estaba a nombre de Stanislas Pruthva, Embajada de la Unión Soviética.

Pruthva colocó la llave de contacto.

—Demasiado ruido allí, ¿no cree? Esas cosas son para la juventud…

Dio gas y dejó que se calentara el motor. El rítmico Jadeo de los cilindros cubrió los lejanos sones de la música.

Por fin arrancó. La ruta que tomó bordeaba la costa. Al fondo brillaban las luces de la ciudad.

El coche llegó a una encrucijada y su velocidad disminuyó.

—¡A la derecha! —ordenó de repente Gunther.

—¿No se equivoca? El centro… —Al volver la cabeza, el ruso vio el revólver de cañón corto que su vecino tenía en la mano, y se

interrumpió en seco—. Muy bien, a la derecha —añadió plácidamente.

Viró. En dirección sudoeste, la nueva ruta se introducía enseguida en una zona despoblada, donde eran raras las edificaciones. Por allí avanzó el coche unos minutos.

Pruthva se cansó de conducir en silencio.

—Si pretende atravesar el desierto a mi costa, está aviado —dijo —. Tengo cosas más importantes que hacer que servirle de chofer.

—No vamos a atravesar el desierto.

—Estamos ya en él.

—Eso es lo que conviene.

Continuaron unos minutos más.

—¿Le ha tentado mi billetero? —insistió el ruso—. ¡Pues cójalo de una vez y terminemos con esta tontería!

—Su billetero me importa un pepino. ¿Tengo cara de ladrón?

—¡Oh, la cara de la gente! Tampoco tiene cara de asesino, lo que no impide que me coloque bajo las narices un revólver. Me atrevo a afirmar que no vacilaría en dispararlo.

—Acierta.

—¿Lo ve?

—Está bien, deténgase.

Se hallaban rodeados por la densa oscuridad de la noche, en mitad de un descampado inmenso. Ni un solo vehículo, con excepción del suyo, semejaba transitar por la pista.

Pruthva obedeció y cortó el encendido. Se inclinó para tirar del freno de mano. En el curso del mismo movimiento, su codo se alzó rápidamente y apartó el revólver. Gunther, sorprendido, no atinó a evitar el violento cabezazo con que el ruso remató su operación. Aturdido momentáneamente, notó que los dedos de Pruthva pugnaban por arrebatarle el arma. Resistió. Pruthva había sabido ingeniárselas para ocupar una posición ventajosa. El vigor que demostraba era asombroso en un hombre de su enclenque apariencia.

Por un instante, mientras duró el forcejeo, no se oyó sino el resuello corto, entrecortado, de los dos contendientes. Luego, sin que ninguno de los dos lo esperase, el tiro partió. La detonación, en el reducido ámbito del coche, fue ensordecedora. Tanto Gunther como el ruso tuvieron respectivamente la impresión de que era el

otro quién había recibido la bala, pero el americano descubrió antes que su contrario estaba ileso. Simuló un estertor. Dejó caer la cabeza sobre el pecho. Con ello, Pruthva se confió. No mucho tiempo, aunque sí el suficiente para encajar un durísimo derechazo que Gunther le disparó. Fue un golpe desde corta distancia, y sin embargo, tan cargado de dinamita que el ruso quedó indefenso.

Gunther pasó al ataque. Agarró a su adversario por la nuca, le empujó la cabeza hacia el volante y se la golpeó contra éste con redoblada cadencia. Pruthva se debatió, pero no tardó en ceder. Hubo un ruido de cristales, rotos. «Las gafas», pensó Gunther. Enderezó al hombrecillo, que ya no ofrecía resistencia, y vio la sangre manar de sus ojos y correr por sus mejillas.

Abrió la portezuela, arrojó al ruso al exterior y se apeó detrás de él. Cogiéndolo por la chaqueta, lo arrastró hasta que los faros iluminaron su rostro. Emitió un gruñido. Pruthva había cerrado instintivamente los ojos en el instante crítico y las astillas de cristal no le habían producido sino unos cortes en los párpados.

—Cerdo asqueroso —jadeó ahora, apenas consciente—. Tengo… en el compartimiento del «tablier»… una botella de vodka. Deme un trago.

Gunther fue en busca de la botella y le dio el trago. Permaneció con los brazos cruzados, escuchando los groseros epítetos que el ruso le dedicaba en su idioma, hasta que se hartó.

—Bueno, basta ya. Detesto los excesos de lenguaje y estoy dispuesto a hacérselos pagar. Pero, si se tranquiliza, no le pasará nada…

—¿Estima usted que un hombre amenazado por un revólver no tiene derecho a defenderse?

—Discutiremos los derechos humanos en otra ocasión. Necesito hablarle.

—No estoy en situación de oponerme.

Después de beber el vodka, el hombrecillo había ido a sentarse al borde, de la pista. Gunther, sin soltar el revólver, se agachó delante de él.

—Usted, Pruthva, ha estado esta noche en la fiesta del Club Mediterráneo. Debía encontrar y ha encontrado a un cierto Boyd Musgrave, a quién ha ofrecido cien mil dólares.

—Eso no le concierne.

Gunther le descargó en la clavícula un golpe seco con el cañón del arma.

—Cuidado, amigo. Las clavículas se rompen… y no tiene más que dos.

El dolor hacía jadear al ruso.

—Rómpalas pronto y no hablemos más.

—Juegos heroicos no, Pruthva.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de Musgrave.

—Entonces sabe tanto como yo. ¿Para qué perder tiempo?

—Para esclarecer un punto muy importante. Se me ha ocurrido la idea de que no es usted la persona que Musgrave esperaba encontrar y que él no es la persona que esperaba encontrar usted.

Pruthva se mostró interesado.

—Yo esperaba encontrar a un hombre llamado Boyd Musgrave —dijo, no obstante—. Pero, usted, ¿quiere explicarme con claridad quién es?

—¿Conoce la actividad a que se dedica mi compañero?

—Es un agente del servicio secreto exterior de los Estados Unidos.

Gunther enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—En razón misma de las proposiciones que me ha hecho.

La sangre volvía a manar de los párpados del ruso.

—Moje su pañuelo en vodka y aplíqueselo a los ojos —dijo Gunther.

—Gracias.

—Tengo la impresión —añadió el americano— de que desembocaremos en un callejón sin salida. De todos modos, hablaré yo primero, y es posible que usted aclare algunos puntos oscuros… Atiéndame. Usted ha ofrecido a Musgrave cien mil dólares. ¿Qué pensará si le digo que la misión de Musgrave era precisamente ofrecerle cien mil dólares a usted?

Pruthva restañó la sangre de sus párpados.

—¿Qué canción es ésa? —exclamó sordamente.

—La verdad.

—¡Absurdo!

—Señor Pruthva, está usted ante mí y a mi merced. Vamos a

cambiar impresiones y creo que su máximo interés reside en ser sincero. Para resolver el problema que acabo de indicarle debo revelar ciertos detalles que usted ignora. Si la situación es tal como la imagino, todo se arreglará y mi indiscreción no tendrá consecuencias. En caso contrario, habré hablado de más… y no conozco más que un medio de hacerle olvidar lo escuchado. Concretaré que no le permito a usted elegir entre escucharme o no. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente. Hable y dispare, si gusta.

—¿Filósofo?

El ruso hizo una mueca.

—Usted y yo ejercemos el mismo oficio, ¿no es así? ¿Nunca se ha parado a pensar en que un día u otro le llegará su hora? ¿Qué todo acabará, y que no importa en realidad cómo acabe?

Gunther le miró fijamente. Por encima de la distancia que los separaba, se sentía extrañamente solidario de aquel hombre. Eran, en el fondo, de la misma raza: Musgrave, Gunther, Pruthva… Había otros repartidos por todo el mundo. En cualquier campo, bajo cualquier bandera. Todos iguales.

—Lo he pensado, pero ello no me impedirá matarle.

—Ni a mí me impediría matarle a usted. Adelante. El americano sonrió.

—Como le decía, nos disponíamos a sufrir una sangría de cien mil dólares cuando usted, por paradoja, nos los ha ofrecido. En lo que a nosotros se refiere, la situación es la siguiente: un desconocido ha propuesto a nuestros servicios restituirnos contra entrega de aquella suma la lista de nuestros agentes en territorio soviético. Nuestros servicios han creído que se trataba de un engaño, pero el individuo envió simultáneamente a lista de Correos una relación de cuatro agentes que, efectivamente, ustedes detuvieron después. En consecuencia, ese hombre sabe lo que dice saber; y añade que está dispuesto a entregar el resto de nuestros agentes si no aceptamos sus condiciones. Usted comprenderá que no es cuestión de retirar o malograr una red cuya creación nos ha costado sudores del infierno.

—Lo comprendo —dijo suavemente Pruthva—. Me sitúo en el caso equivalente con respecto a nuestra red en los Estados Unidos.

—Un cierto Warren, agente nuestro en este país, fue encargado

de liquidar al individuo en cuestión —prosiguió Gunther—. Nosotros vinimos en misión de cobertura, y a poco de llegar creímos comprender que Warren había sido asesinado. Exactamente, nos fue remitida una mano cercenada a su cadáver…

—Notable.

—Califiquémoslo de notable, si le parece. A continuación, el desconocido supuestamente poseedor de la lista se ha servido de la joven Noemi Allen para establecer nuevo contacto con nosotros. El padre de Noemi era el agente a quién nosotros conocíamos por Warren.

—Guarde su revólver —dijo el ruso—. No lo necesita ya.

—Un momento, Pruthva. Necesito asegurarme… Un registro operado en casa de Noemi Allen nos ha permitido descubrir la documentación de alguien llamado Fedor Negesky, empleado en la Embajada de la Unión Soviética en esta capital. Previamente, en la misma casa de los Allen, Boyd Musgrave había sido atacado por un intruso que se introdujo allí sin duda en busca de los papeles mencionados. Musgrave quedó fuera de combate y el intruso huyó.

—De lo cual me congratulo —comentó Pruthva, con una leve sonrisa.

—Sin embargo, ese mismo hombre se hallaba esta noche en el Club Mediterráneo —Gunther percibió un destello en los ojos miopes del ruso—. Ha dicho a Musgrave que quería hablarle en secreto. Le ha citado en la playa. Musgrave y yo hemos acudido a la cita juntos. Sólo que no ha habido tal cita. Hemos encontrado el hombre tendido en la arena, muerto de un balazo.

Pruthva hizo un ruido raro con la garganta.

—¿Ha dicho… muerto?

—He dicho que un tal Mihail Negesky ha sido asesinado esta noche por un misterioso tirador. Usted le conocía. Le ha visto en la fiesta y, o mucho me equivoco, o ha fingido ignorarle.

—Exacto.

—Pues eso es prácticamente todo. Musgrave tenía orden de ponerse en contacto con un hombre que le hablaría del alcohol que se bebe pese al Corán. Como prueba de identificación, debía entregar a ese hombre la debatida lista de nuestra red soviética. Luego habría respecto al dinero el acuerdo correspondiente.

El ruso, sumido en profundas reflexiones, guardó un largo

silencio.

—Es una verdadera lástima —dijo al fin—. De no ser por un estúpido cambio de última hora en mis instrucciones, esa lista estaría ahora en mis manos. Me doy cuenta de que mis observaciones sobre la forma de pago han puesto en guardia a Musgrave.

—Probablemente. La lista quizá estaría en sus manos… que serían, Pruthva, las de un muerto. También eso es posible.

—¡Hum! —masculló el hombrecillo.

Gunther se inclinó hacia adelante.

—Hay algo más. Al descubrir los papeles de Fedor Negesky pedí información sobre él a uno de nuestros agentes locales. Según se me ha comunicado poco antes del comienzo de la fiesta, Negesky, joven empleado de su Embajada, ha desaparecido de la circulación. Había manifestado en diversas ocasiones su deseo de no volver a Rusia. ¿Es cierto?

—¿Cómo se llama usted?

—Llámeme Johnny.

—Tenía usted razón, Johnny: esta conversación entre nosotros era imprescindible… Sepa que Fedor Negesky cumplía órdenes delicadas. Debía introducirse en el bando de ustedes, cierto, pero con objeto de proseguir su trabajo en nuestro favor. Había manifestado su supuesto deseo de no volver a Rusia ante algún o algunos agentes americanos, quienes esperaban, naturalmente, que acompañara su gesto de un informe valioso. Dimos a Negesky los nombres de cuatro espías que acabábamos de descubrir en Omsk y que estábamos a punto de arrestar. Partió con esto en su equipaje. El agente de ustedes había accedido a facilitarle la fuga, y nosotros creímos que todo había salido a pedir de boca. Por descontado, transcurrido algún tiempo, detuvimos a los cuatro espías para probar indirectamente que Negesky no había mentido.

—Cuerno —gruñó Gunther.

—Coincidiendo con esto, alguien nos hizo saber que poseía la lista completa de la red de agentes norteamericanos en nuestro territorio y que estaba dispuesto a cederla por cien mil dólares. El tipo pretendía llamarse Boyd Musgrave y pertenecer al servicio secreto exterior de los Estados Unidos. Efectuamos algunas verificaciones. Era exacto. El intercambio debía tener lugar esta

misma noche, y si no se ha producido ha sido por cierta dificultad y cierta reserva, ajenas a mí, en la entrega del dinero… En cuanto a Mihail Negesky, era el hermano de Fedor. Éste debía señalarnos su éxito de una manera convenida; no lo ha hecho… Hemos considerado la posibilidad de que el golpe hubiera fallado, aunque sin relacionarlo ni remotamente con el asunto de la lista. Se ha emprendido una investigación. Mihail ha querido ocuparse personalmente de encontrar el rastro de su hermano… Usted me ha comunicado el resultado de sus gestiones.

Gunther preguntó rápidamente:

—¿Cómo era Fedor Negesky? ¿Moreno, al igual que su hermano?

—Era rubio. Mihail podía pasar aquí por un nativo, pero Fedor era rubio, un buen tipo georgiano.

—Entonces, está muerto. La mano que nos fue enviada y que nosotros creímos perteneciente a Warren, era la suya.

—Y Warren vive —dijo lentamente Pruthva—. Vive y se ha burlado de ustedes, ¿no es así?

Gunther devolvió el revólver a su funda auxiliar. Tomó la botella de vodka y bebió un trago. Luego encendió un cigarrillo. La cólera, profunda, fría, asomaba a sus enérgicos ojos.

—Vive —asintió—. Yo mismo he hablado por teléfono con él, yo mismo he escuchado sus instrucciones de que le entregáramos a usted la lista como prólogo de la transacción. Es evidente. Warren se ha atraído a Fedor Negesky, le ha matado, nos ha enviado la mano de su cadáver como si fuera la suya… De este modo ha tenido que ocurrir, Pruthva. Negesky confió a Warren los nombres de cuatro agentes que no tardarían en ser arrestados. Warren imaginó una ingeniosa añagaza para utilizar la información en provecho propio. Cayó en la tentación. Envió los cuatro nombres con una carta de amenaza. Supo que Boyd Musgrave acudía con la lista, imprescindible para comprobar si la amenaza era fundada. No necesitaba sino apoderarse de la lista y vendérsela a ustedes.

—¡Qué peligroso! —bufó el ruso.

—¿Qué cosa no es peligrosa en este oficio, Pruthva? La única precaución tomada por Warren ha sido encomendar a Musgrave las negociaciones directas, para quedar a salvo de la acusación de traidor si a alguien se le exigían responsabilidades. Ignoro cuál era

su plan, pero adivino que había calculado embolsarse los cien mil dólares sin que ninguno de nosotros advirtiese que en la operación había fraude, o sea haciéndola aparecer como un completo éxito. Tal como estaban las cosa esta noche, existía esa posibilidad.

—Para ello era preciso matarme a mí —observó Pruthva.

—No digo que no. En cuyo caso, Warren habría podido embolsarse, no cien mil dólares, sino los doscientos mil que en total estaban en juego.

El hombrecillo rescató la botella de manos de Gunther. Bebió, lentamente.

—Doscientos mil dólares —repitió—. Lo malo es que estas historias nunca terminan bien. Uno ve pasar una ocasión, otra, otra… Uno espera siempre… ¡Doscientas mil dólares! Desgraciadamente, más vale no hacerse ilusiones. Desgraciadamente… —Volvió a beber, y añadió—: Si no están ustedes dispuestos a ocuparse de su hombre, prevéngame. Los hermanos Negesky eran amigos míos. Y cuando es cuestión de vengar a un amigo, sé mostrarme extremadamente perverso.

Gunther le miró con atención.

—Lo pensaré.

Pruthva se puso en pie. Con la cara manchada de sangre, húmeda de sudor y de vodka, y las ropas en desorden, su aspecto era lastimoso. Pero Gunther estaba diciéndose que, bajo aquel aspecto, era un tipo de su mismo temple; un hombre de las tinieblas, un personaje implacable y rigurosamente ajeno a toda especie de ternura.

—Tendrá que llevarme a la ciudad. No puedo conducir sin gafas.

—Vamos.

Regresaron al coche, y el americano se instaló ante el volante. Demarró. Viró en la solitaria carretera.

Cuando llegaban a la encrucijada, Pruthva dijo:

—No olvide, se lo ruego, que mi nombre es Stanislas Pruthva. No lo olvide. Si tiene usted amigos, ya sabe lo que eso significa.

Los labios de Gunther formaban una línea tensa y recta.

—Nunca he tenido amigos —replicó.

CAPÍTULO XII

Musgrave anduvo lentamente por el jardín, en dirección al edificio. Una pareja de enamorados se arrullaba en la penumbra. La orquesta interpretaba un *blues*, con fuego, pero sin afinación. Dos hombres vestidos de etiqueta se llevaban a un tercero, borracho como una cuba, hacia la salida. Soplaba un vientecillo perfumado y salobre.

Hacía calor dentro del club.

Musgrave buscó con la mirada a Noemi Allen y no la divisó por parte alguna. Volvió al bar, que era el mejor punto de observación, el lugar desde donde se dominaba a un tiempo la sala y la terraza. Permaneció allí, apoyado de espaldas en el tablero, más de diez minutos. Continuó sin ver a la muchacha.

Pensó en lo que Gunther le había dicho: «Antes de una hora, en el hotel». Muy bien, al diablo Noemi. No era la clase de criatura que corría peligro si se la dejaba sola; más bien lo corría quien la acompañase.

Musgrave chistó al barman para pedirle un *whisky* de despedida. Entonces, en el momento en que se volvía, sus ojos encontraron otros ojos. Eran los de Ulma Strauss: se maldijo por haberla olvidado. Estaba bailando, no con el coronel ruso, sino con otro hombre corpulento, de cutis grasiento y nariz bulbosa. Los ojos de la joven transmitían un mensaje: «Espere». Una súplica.

Ella había expresado su deseo de hablarle a solas de algo importante. Musgrave consultó el reloj. Podía esperar.

Ulma y su acompañante se dirigieron al bar cuando la orquesta remató la pieza con un enérgico soplido de trombón. Otra pieza comenzó inmediatamente. Ulma y el hombre llegaron junto al americano.

—¡Oh, señor Musgrave!… Está usted aquí.

¿Una súplica? En el mensaje de los ojos, ¿no había acaso un

fondo de temor? ¿Se trataba solamente de una súplica?

—Estoy aquí preguntándome si querrá bailar conmigo.

Ulma distribuyó una sonrisa entre Musgrave y su acompañante.

—Naturalmente que querré bailar con usted, si permite antes que el profesor y yo nos refresquemos un poco la garganta… Le presento al profesor Fuad Enussi. El señor Musgrave.

El profesor tendió una mano gorda y pesada.

—Gusto —articuló.

La joven pidió bebidas. Era raro. Musgrave percibía en toda ella una tensión, una curiosa actitud de su cabeza y de sus hombros desprovista de naturalidad. Había hasta una especie de frío en su sonrisa.

Preguntó:

—¿Ha visto últimamente a Noemi?

—Sí.

—¿Dónde?

El profesor se posesionó de dos refrescos de piña que el barman depositaba ante él y, con una pequeña reverencia, le entregó uno a Ulma, quien se lo agradeció con un pestañeo.

—Noemi se ha marchado. Estaba furiosa. No digo que con usted por haberla abandonado, pero lo estaba.

—Ahórrese las banalidades —replicó ásperamente Musgrave—. ¿Se ha marchado sola?

—Sí.

—¿Usted ha hablado con ella?

—Sí.

—¿Acerca de qué?

—De su padre —Ulma bebió la mitad de su refresco y dejó el vaso sobre el bar—. ¿Verdad que se resignará a prescindir de mi unos minutos, profesor? Desde que he llegado le debo un baile al señor Musgrave, ¡y es un acreedor tan riguroso!

—Gusto —murmuró el hombre.

El americano halló a la muchacha contra sí antes de haberse preparado para ello. Fue una sensación importante. Ella poseía el don de acariciar con su atractivo. Era a un tiempo suave y firme, sólida y ligera: un equilibrio elemental. Seguía el compás de la música como si llevara la música dentro, o como si fuera una parte de la propia música. Pero no era parte de ésta. Lo turbador en ella

era que fuese, por encima de todo, una mujer.

—Absurdo —dijo Musgrave.

—¿Qué es lo absurdo?

—Usted como jefe de los servicios culturales de una Embajada. Ha jugado conmigo, ¿no es cierto?

—Nunca he jugado con un hombre.

—A veces el juego no es tal juego.

—Ni siquiera esas veces. Tampoco a mí me gustan las banalidades, señor Musgrave.

—Lamento haberme mostrado rudo. Estaba…

—Déjelo. No lo lamenta, diga la verdad. Pero poco importa. Necesito hablarle.

Musgrave escrutó nuevamente sus ojos.

—¿Le ocurre algo malo?

—No sé si es malo, o por lo menos si es malo para mí —Ulma cesó súbitamente de bailar y dejó caer los brazos—. Salgamos al jardín, por favor. Me irrita los nervios este ambiente.

Él la escoltó al jardín. La deliciosa brisa balanceaba los farolillos de los senderos.

—Usted debería volver a Europa —dijo Musgrave—. Usted a Europa, y Noemi Allen a América. Hay demasiada sangre flotando en el aire que se respira aquí para que les siente bien a las mujeres.

La joven no aparentó haberle oído. Anduvo sin titubear a lo largo de uno de los senderos, hasta una glorieta donde había un banco de piedra rodeado de grandes macizos de flores tropicales. El lugar estaba desierto.

Ulma se sentó en el banco.

—¿Quiere darme un cigarrillo?

Musgrave se lo dio y se lo encendió. Luego se quedó quieto y callado, admirando la delicada maravilla de su perfil a la media luz que tamizaba el follaje.

Ella preguntó de sopetón:

—Señor Musgrave, ¿es usted un agente secreto americano?

En la cara del hombre no se movió ni un músculo.

—¿Quién le ha sugerido esa idea?

—Usted con su conducta. Trabajo en una Embajada, no lo olvide. No estoy al margen de la vida política de este país. Tengo conciencia exacta de lo importancia de las fuerzas ocultas que

operan en él. El llamémoslo disfraz de usted, su fachada de vendedor de maquinaria agrícola, quizá podría haberme engañado de no ser, primero, por el incidente de ayer en la Avenida Mahjub, y segundo por su comportamiento con respecto a la desaparición de Johnny Allen. Señor Musgrave, dígame la verdad.

—No la comprendo. ¿Qué verdad?

—Señor Musgrave —insistió ella firmemente—, no hablo por hablar, se lo prometo. Considero este asunto sumamente grave. Representa un auténtico caso de conciencia para mí.

Musgrave cerró un instante los ojos. Estaba recordando, palabra por palabra, lo que acerca de aquella fascinante criatura le había dicho Noemi Allen la víspera: «Es sólo una aspirante a vampiresa que se aplica las virtudes como quién se aplica un maquillaje… No me extrañaría que a partir de mañana sus aficiones arqueológicas se convirtieran en afición a los caballos, a la pintura o al café… Hasta hoy había pensado que representa una comedia con el propósito de divertirse, pero habré de pensar de otro modo…».

Abrió los ojos.

—Soy, efectivamente, un agente secreto americano. Oyó suspirar a la muchacha.

—¿Por qué razón persigue a Johnny?

—Por ninguna, hasta ahora. Trabajamos juntos en el mismo caso.

—Luego, ¿él es también un agente secreto?

—Sí.

Ulma sopló la brasa de su cigarrillo.

—Johnny Allan no ha muerto. Vive.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —La joven se sobresaltó—. ¿Lo sabía ya anoche, cuando me dijo lo contrario?

—Lo sé desde este mediodía, pero no tengo de ello la menor prueba.

—¿No le ha visto?

—No.

—Yo sí le he visto —declaró Ulma lentamente—. Sé que todo esto no me concierne: si intervengo es por ayudar a usted y a él, a los dos. Tengo la impresión de que Johnny corre enorme peligro… de que se encuentra en un tremendo apuro…

—¿Le ha visto él a usted?

—Sí.

Musgrave no demostraba sentir especial interés por lo que oía.

—Cuando ha hablado con Noemi de su padre, ¿ha sido respecto a eso?

—En parte. He dado por sentado que ella sabía que su padre estaba vivo, que si fingía ignorar su paradero era con objeto de protegerle… Bien, he aprovechado un momento para decirle que no se preocupe, que todo irá bien… y he añadido que seré discreta… Noemi me ha mirado como no me había mirado nunca. He sentido miedo. Se lo juro, señor Musgrave: he sentido miedo.

—¿De Noemi?

—Del infierno que ha asomado a sus ojos. Me ha preguntado secamente: «¿Discreta sobre qué?». Entonces le he dicho que había visto a Johnny y que se hallaba sin novedad. Me ha dejado con la palabra en la boca. Ha dado media vuelta y se ha marchado.

—¿Eso significa que ella no sabía que su padre vive?

—Naturalmente que lo sabía. No ha experimentado la menor sorpresa.

—¿Entonces?

Ulma se encogió de hombros.

—Creo entender que la causa de su enojo era que yo le hubiese visto, nada más.

Hubo un silencio.

—Antes —dijo Musgrave—, cuando me ha anunciado que quería hablarme ese incidente no se había producido. Usted quería hablarme, ¿de qué?

—De usted mismo y de Johnny. Necesitaba saber si era usted amigo o enemigo suyo, si le buscaba para bien o para mal. En caso de ser para bien, le hubiera dicho lo que le he dicho: Johnny vive.

Musgrave tenía la mirada fija en el vacío.

—¿Cuándo le ha visto?

—Esta tarde, a las seis.

—¿Una cita?

—Pura casualidad. Yo regresaba en coche de Uad Hadjira, donde el doctor Schwartz, un arqueólogo compatriota mío, ha establecido su campamento, cuando, cerca ya de la ciudad, en ese lugar que llaman El Nefta, he visto a un hombre en un altozano inmediato a la

carretera que me ha parecido, por su aire, Johnny Allen. He saltado del coche. En efecto, era Johnny: casi me he desmayado de la sorpresa. Luego, sin darme tiempo a reponerme, él me ha ordenado que me fuera inmediatamente de allí y que no dijese a nadie una palabra. Le he preguntado si podía hacer algo en su favor y me ha contestado: «Callar». Enseguida se ha escabullido entre las rocas.

—¿Me ha mencionado usted?

—No he tenido ocasión. La conversación se ha limitado a media docena de palabras.

—¿Qué aspecto tenía Allen?

—Normal, pero estaba muy nervioso.

—¿Hay una casa en El Nefta?

—Una pequeña quinta de recreo al pie del altozano. —Ulma arrugó el entrecejo—. ¿Acaso no sabe usted dónde se oculta Johnny? ¿Se refería a eso al decir que no tiene pruebas de que esté vivo?

—Más o menos.

—¿Qué sucede? Es… tan incomprensible…

Musgrave preguntó:

—¿Cuánto hace que Noemi ha dejado la fiesta?

—Ha sido como diez minutos antes de que usted regresara al salón. ¿Por qué?

El americano no contestó. Lanzó una mirada al reloj y permaneció un instante abstraído en sus pensamientos.

De repente, sacó del bolsillo una pluma y un cuaderno de notas. Escribió algo en una de las páginas del cuaderno, la arrancó y la sopló para que se secara la tinta.

—¿Tiene usted su coche aquí?

—Sí —dijo la muchacha.

El extendió la mano.

—Préstemelo. Deme las llaves —ella abrió su pequeño bolso y obedeció sin protestar—. Escuche ahora atentamente lo que voy a decirle. Esta noche ha estado aquí un compañero mío. Ha podido vernos juntos. ¿Ha reparado en él?

—Le he visto de lejos.

—Se llama Johnny Gunther. Tomará usted inmediatamente un taxi e irá a su encuentro en el Hotel del Centro. Le entregará esta nota. Léala.

Ulma tomó la nota y leyó: «Es Ulma Strauss y está en peligro de muerte. Cuida de ella. Pronto tendrás noticias mías. Operación de castigo, querido Johnny».

El rostro de la muchacha expresó inmenso asombro.

—¿Se trata de una broma?

—No.

—Pero ¿cómo es posible? ¡Usted ha escrito que yo estoy en peligro de muerte!

—Lo está. —Musgrave se puso en pie—. Gunther se lo explicará todo: posee una mente mucho más clara y ordenada que la mía. Vámonos, señorita Strauss. No hay tiempo que perder.

Ella se comportó como un autómata. Todavía, cuando caminaban por el jardín hacia la puerta del recinto del club, preguntó titubeando:

—Ese supuesto peligro, ¿procede… de Johnny? ¿De Noemi, acaso?

Pero, como Musgrave no contestara, optó por callar. No sabía evidentemente cómo reaccionar contra el asombro.

—Muéstreme su coche —dijo el americano.

El coche era un bello «Mercedes» convertible.

—Temo estar cometiendo un terrible error —murmuró Ulma.

Musgrave la asió fuertemente del brazo.

—No comete un error. Procure no llenarse la cabeza de ideas raras, no pensar absolutamente nada hasta haber hablado con Gunther. Ha dicho antes que no le gustan las banalidades. Bien, se encuentra ahora en una de las situaciones menos banales de su vida, eso es todo… Vamos, la acompañaré al taxi.

Aunque sin convicción, de una manera pasiva, ella se dejó conducir. Había, al extremo del estacionamiento de vehículos, toda una flota de taxis que aguardaban al final de la fiesta.

Musgrave abrió la portezuela de uno.

—Repito que usted debería volver a Europa —añadió—. Se convencerá de ello después de esta noche. Aquí, en el aire, la sangre hiela. Envenena, señorita Strauss.

Ulma subió al taxi.

—Tengo miedo —dijo.

—Es saludable que lo tenga —asintió el americano. Cerró la portezuela y ordenó al conductor—. Al Hotel del Centro.

Se quedó inmóvil, aspirando él aire envenenado de la noche, el aire que hedía a sangre, mientras el taxi partía en dirección a la ciudad.

CAPÍTULO XIII

La voz inquirió a través del hilo telefónico:

—¿Qué desea?

—Aquí S. 612. ¿Puedo hablarle?

—«De» como Downing. Adelante.

—«Eme» como Musgrave. Si me descuido no le localizo. He perdido un tiempo precioso haciéndole preguntas a un condenado chupatintas de la Embajada.

—La hora es difícil —alegó Downing—. ¿Algo de particular? Estoy a las órdenes de ustedes.

—Prepare nuestra evacuación para esta noche.

—¿A qué hora?

—A cualquier hora a partir de este momento. Disponga nuestra cobertura, y una coartada convincente para caso de necesidad.

—Deme una idea de lo que va a ocurrir.

—Operación de castigo.

—Okey —dijo Downing, sin la menor emoción—. Diríjanse a mi domicilio particular en cuanto terminen. ¿Conoce las señas?

—Sí.

—Me ocuparé de todo. Habrá un avión listo para despegar dentro de media hora, o acaso antes. ¿Qué más?

—Llame a mi compañero S. 368, al Hotel Centro. Dígale que me reuniré con él en casa de usted.

—¿Al término de la operación?

—Sí. Eso es todo.

—Okey. Buena suerte.

Musgrave colgó el aparato. Su actitud era de ausencia. Su mente estaba muy lejos de allí.

La animación de la fiesta no había decrecido, aunque sí había variado ligeramente de carácter. En su camino de regreso al jardín, el americano descubrió numerosos uniformes de agentes de policía.

Un grupo de militares y de altos funcionarios se había formado en la parte anterior del salón. Debía de ser inminente la llegada de importantes personajes. El capítulo de propaganda política incluido en el programa de la velada estaba a punto de comenzar.

Musgrave abandonó definitivamente el club. Su actitud seguía siendo distraída cuando, sentado ante el volante del «Mercedes», tomó la ruta que había de llevarle a El Nefta, pero en su boca había una mueca que expresaba concentración, y un fulgor malsano ardía en lo profundo de sus ojos, habitualmente tan fríos y burlones.

Llegó a El Nefta, doce minutos después.

Era plena noche y las estrellas brillaban como joyas. Reinaba un silencio inmenso, ancho y hondo; un silencio que sólo en el desierto se concibe. El rumor de las olas del mar, que llegaban muy de vez en cuando y de muy lejos, no hacía sino subrayarlo.

Musgrave, que conocía vagamente el paraje, localizó el altozano rocoso de que le hablara Ulma. A su pie, al sur de la carretera, discurría un arroyo, cuyas aguas nutrían un frondoso palmeral. Más allá de las palmeras, en una pequeña elevación, junto al arroyo, estaba la quinta de recreo: un edificio de falso carácter oriental, cuyo cuerpo de dos pisos denunciaba el exotismo deliberado de un arquitecto probablemente inglés. La clarísima luz de las estrellas permitía distinguirlo casi al detalle, bien que ninguna luz brillase propiamente en él.

El americano abandonó el coche, fue hasta el arroyo y permaneció un rato a la expectativa. Continuó al fin su avance, con precaución, describiendo un rodeo para evitar la casa. Un oscuro presentimiento le obligó a detenerse. Tenía la ya vieja y familiar sensación de que un testigo invisible le espiaba. Franqueó a la carrera una porción de terreno despejado. La sensación aumentó. Posó en torno una escrutadora mirada. Nada, ni vestigio humano. Sin embargo, todos los objetos destacaban en la fantasmal claridad. Como ellos habría destacado su silueta en tanto no la protegieron las rocas o los árboles.

La chata loma en que se alzaba el edificio era un jardín árabe, frondoso, pero descuidado. Al abrigo del primer seto, Musgrave sacó su pistola y la montó. Volvió de nuevo la cabeza. Nada se percibía. El silencio estaba ahora lleno del suavísimo murmullo del agua.

Iba a remontar el talud cuando aquel silencio fue roto por una sorda detonación. Los nervios de Musgrave se pusieron de punta. Instintivamente se aplastó contra el suelo. ¡Una detonación! No el estampido artificialmente ahogado de un arma con silenciador: una detonación lejana, como llegada a través de varias paredes.

Sin duda ninguna, el tiro había sido disparado dentro de la casa. Musgrave alzó la cabeza para mirar hacia allí. Todo continuaba tranquilo y en tinieblas.

Ascendió con cautela por la pendiente, siguiendo los semiborrados caminos del jardín. Al llegar a lo alto juzgó arriesgado explorar la fachada y tentar la puerta principal. Optó por una de las fachadas laterales. Enfundó la pistola al descubrir un canalón de desagüe inmediato a un arco labrado, que podía facilitar la ascensión hasta un ventanuco que se veía en el piso. Emprendió ágilmente el intento y, cuando llegó a la altura del ventanuco, probó con la mano plana la resistencia de la madera que lo cubría. Él edificio tenía más de cuarenta años de antigüedad, y la madera también. El clima de África no la había respetado: cedió fácilmente, con un crujido sonoro, cuando Musgrave la sacudió.

Dándose un ligero impulso, el americano soltó el canalón. Recobró el equilibrio como un acróbata. Se coló por la abertura y encontróse en un lugar polvoriento, sumido en la mayor oscuridad. La llamita de su encendedor reveló que se trataba de un cuartucho que no contenía sino un montón de cajas.

Avanzó hasta la puerta y la abrió cautelosamente. Su cautela había sido oportuna, pues más allá pudo ver un tramo de pasillo y el arranque de una escalera, todo ello bañado en luz, la cual procedía de la planta baja. Era, aparte el disparo, el primer signo indiscutible de que la casa estaba habitada. La luz no salía al exterior porque las ventanas se hallaban cerradas herméticamente.

Musgrave, pistola en mano, recorrió el pasillo y se aventuró por la escalera. Ésta le condujo al fondo de un vestíbulo con varias puertas, todas cerradas. Había una lámpara encendida, una gran lámpara recargada de arabescos, pero el silencio permanecía inalterable.

La misma impresión de ser espiado que le había acometido en el jardín volvió a él con acrecida intensidad. Giró sobre sí mismo, casi de un salto. Estaba solo.

¿Nervios?

Su oído, en esto, captó un rumor que le puso en guardia. Era un tintineo difícilmente perceptible, metálico, regular, que sonaba con la cadencia de un metrónomo. Estaba allí mismo. Cerca, muy cerca. Quizá al otro lado de la puerta más próxima.

Musgrave fue a la puerta, se inclinó y miró por el ojo de la cerradura. Distinguió otra puerta situada enfrente. En la cerradura de ésta había una llave unida a un manojo que se balanceaba en interminable oscilación. De aquellas llaves procedía el tintineo. Si se balanceaban, era porque alguien acababa de entrar o salir.

El americano permaneció un momento en su observatorio, perplejo, cautivado por la rítmica oscilación. Luego desplazó la mirada… Ya no volvió a prestar atención a las llaves: ¡había visto un charco de sangre en el suelo!

Se enderezó con vivacidad, aseguró el arma en su mano y abrió la puerta bruscamente. Sus pies tropezaron con un cuerpo humano, al tiempo que el grito de terror de una mujer se dejaba oír.

Tenía delante a Noemi Allen, arrodillada junto a un cadáver y ocupada, al parecer, en encajar entre los dedos del muerto una automática de pequeño calibre. La muchacha contemplaba a Musgrave con estupor. El cadáver, muy patentes sus feos dientes amarillos, era el de Ibrahim Bazuk.

Musgrave tragó saliva. Por un momento, ni la muchacha ni él se movieron o hablaron. Luego, ella cerró instintivamente el escote, ahora desgarrado, del vestido de noche que se había puesto horas antes para asistir a la fiesta del Club Mediterráneo. Estaba más atractiva, más inquietante que nunca, entreabiertos por la sorpresa sus labios sensuales; pero Musgrave no dedicó a sus labios o a su escote ni una mirada.

—Vamos, muñeca —dijo con voz cortante—. He llegado en pleno drama, ¿no es así? ¿Vas a llevar luto por el compañero? Estoy seguro de que el negro no te sentará mal…

La muchacha comenzó a respirar agitadamente. Aunque siguió arrodillada, sus manos, de repente, se movieron hacia la automática.

Musgrave adelantó su pistola.

—No. Deja eso tranquilo —con el cañón del arma la invitó a levantarse—. En pie, querida.

Ella obedeció y susurró:

—Boyd.

—S. 612 en este momento —replicó ásperamente él—. Admito que sea una medida de seguridad matar a un cómplice, pero ¿no sabes que matar está prohibido? ¿No te lo enseñaron en la escuela?

—Yo no le he matado.

—Seguro que no. Te has limitado a colocarle una pistola en la mano para que lo hiciese él mismo. Resulta, sin embargo, que no tienes el espíritu observador. Bazuk no puede matarse porque está ya muerto.

—Boyd, repito…

—No viene a cuento repetir nada, en especial si se trata de mentiras. Limítate, ¿quieres? a contestar las preguntas que te haré. De tus respuestas depende que te pegue o no te pegue un tiro, aunque sospecho que sí habré de pegártelo, mal sea por salvar la moral. La moral es una cosa muy importante: premios al bien, castigos al pecado… Me repugna pensar que una mocosa capaz de asesinar a un hombre pueda quedarse sin castigo. Pura cuestión de moral, Noemi.

—Tu ingenio me da náuseas —observó ella.

Soltó el escote de su vestido. Dejó caer los brazos en una actitud que hizo estallar su nerviosa belleza.

Musgrave rió, impasible.

—Inútil, querida. Guarda tus armas secretas, porque estoy acorazado. Y no te fíes mucho de mi táctica de suavidad; es sólo eso; una táctica.

—O una fanfarronada —replicó Noemi. Había, en unos segundos, recobrado su aplomo—. ¿Y esas preguntas?

El agente enfundó la pistola. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Sus ojos escrutaban los de la muchacha.

—¿Cuál era la relación exacta que os unía a tu padre y a ti con Ibrahim Bazuk?

—¿Quién es Ibrahim Bazuk?

—Tu presente víctima.

Hubo un silencio.

—Este hombre… era un ladrón —dijo Noemi—. Se ha introducido…

—Basta. No sigas por ahí.

—¿Prefieres que mienta?

—¡Prefiero un cuerno! Estoy del todo al corriente de la situación. Bazuk ha matado esta noche a un funcionario ruso llamado Mihail Negesky, hermano, si no me equivoco, de Fedor Negesky, a quién matasteis tu padre o tú. También esta noche, a tu padre y a ti os ha fallado el gran golpe de vuestra vida: ¡cien mil dólares limpios para escapar del encierro en esta «penitenciaría»! ¿Chifladuras seniles, Noemi?

—¿De qué estás hablándome?

—De la maldita traición de Ernie Warren, Johnny Allen por otro nombre —Musgrave puso una partícula de pasión en su voz—. ¡Cómo te impresionó la noticia de su muerte! ¡Cómo, muñeca, sabiendo que estaba tranquilamente oculto en El Nefta! Pero esta noche las cosas han rodado mal, y para colmo de desgracias, te has enterado de que tu padre había sido visto por Ulma Strauss. Tarde o temprano, ella me lo diría a mí. Te ha faltado tiempo para venir a prevenirle, porque él ignoraba la relación existente entre Ulma y yo. Aquí… ha pagado Ibrahim Bazuk sus estupideces… o sus exageradas pretensiones… Es curioso: yo le había anunciado a Bazuk, que moriría antes del mediodía de mañana.

—Boyd, tú has tenido una pesadilla.

—Ojalá hubiera sido una pesadilla… Noemi, no se puede enterrar nada en el jardín de la casa donde hay un perro, porque el perro vuelve siempre a desenterrarlo. ¿Por qué has callado que tu «terrier» desenterró junto a un rosal una caja que contenía una mano? Si de veras creías que tu padre estaba muerto y que yo había visto su mano, como te dije, ¿por qué no me has hablado de ello? ¿No te atrevías a llevar tan lejos la ficción? ¿O habían ya cambiado vuestros planes?

—«Pluto» no ha desenterrado nada.

—Imposible. Si no lo ha hecho, no es un perro.

—Puede que no sea un perro.

Musgrave rió entre dientes.

—Muy bien. Puede que ninguna cosa sea realmente lo que es. Pero esto, querida, se ha acabado. He debido elegir entre tu padre y yo. Uno de los dos está de más, y a él ni siquiera le conozco, ¿entiendes?

—No —dijo desdeñosamente la muchacha—. ¿Cuál es mi papel

en esa estupenda novela?

—El de escudero. Tú has ayudado a que los Negesky saltaran la barrera; tú me has limado a mí los dientes para que no pudiese morder; tú le has saldado la cuenta a Bazuk…

Musgrave se interrumpió repentinamente. Noemi sonreía. La presencia insólita que le perseguía desde aquella mañana, y ahora desde el jardín, se manifestó de nuevo. Muy próxima esta vez.

La mano del agente se desplazó hacia su pistolera.

—No, amigo, ¡quieto! —dijo una voz áspera.

La sonrisa de Noemi se llenó de insolencia. Pero en vano buscó ella una traza de emoción en el rostro de Musgrave.

—Bienvenido, Warren —dijo él, sin volverse—. Precisamente estábamos hablando de usted.

—Prefiero que se hable en mi presencia.

Ernie Warren, alias Johnny Allen, avanzó hasta situarse junto a su hija. Allí estaba. Ulma le había descrito perfectamente: alto como un metro ochenta, sólido, recio como un alpinista, curtido por el sol, vestido como un granjero, rubio, con las sienes grises… Pero había en él algo que Ulma olvidó o no supo describir: ¡el mismo soplo del infierno que traslucía la persona de Noemi!

—Comentaba —dijo Musgrave— que, entre usted y yo, uno de los dos está de más. He decidido que sea usted quien desaparezca.

Allen sonrió con boca y ojos.

—¿A qué espera, entonces? —Su diestra sostenía un revólver pavonado, de mediano calibre—. La ocasión es magnífica. ¿No lleva encima una pistola?

—No para bromear con mi propia vida. Me resignaré a esperar, Warren, puesto que ésta parece ser su hora. ¿Me permite que fume?

—Regístrale, Noemi —ordenó Allen.

Musgrave alzó los brazos y se dejó cachear. Su olfato se inundó del delicado perfume de la muchacha. Experimentó una sensación de vacío en el estómago. Pero Allen le vigilaba atentamente, habría disparado al menor movimiento…

Cuando estuvo desarmado repitió su pregunta:

—¿Me permite fumar?

—Noemi, dale su pitillera. No le queda para fumar mucho tiempo. Ni para vivir… Un cigarrillo puede ser el plazo.

Musgrave eligió el cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo con

deleite.

—Gracias.

Allen le contemplaba sin hostilidad.

—Es una pena terrible que nos hayamos conocido en estas circunstancias, Musgrave —dijo—. De usted he oído hablar mucho y muy bien; es usted uno de los hombres que más he admirado. Pero las cosas han ido demasiado lejos. Nuestro encuentro se ha producido tan tarde que ya no puedo ser su amigo, sino su verdugo. Crea que lo siento.

—Ser mi verdugo no le salvará. Usted ha sido uno de los nuestros: sabe que nuestra garra llega a todas partes.

—Sé más —Allen sonrió—: Sé los lugares adonde no llega. Estoy cubierto. Mi negocio parece estropeado… momentáneamente. Pero, respecto a la gente que he despachado y a mi inmediata retirada, estoy cubierto.

—Johnny Gunther sabe que usted vive.

—Me ocuparé oportunamente de él. En cuanto a usted, Musgrave, usted se suicidará en esta casa. Una tragedia. Le hallarán balanceándose al extremo de una cuerda, con los papeles de un tal Fedor Negesky, desaparecido misteriosamente, en el bolsillo; con Ibrahim Bazuk muerto a sus pies y con sus huellas dactilares en la pistola que lo ha matado… Una tragedia cuyo sentido nadie llegará a desentrañar.

Musgrave fumaba con los párpados semientornados.

—¿Por qué ha muerto Bazuk?

—Era un chantajista —Allen se encogió desdeñosamente de hombros—. Dice una ley nunca escrita que los chantajistas no matan, pero ninguna dice que no mueran… Bien, Musgrave, su cigarrillo se termina. Soy enemigo de perder tiempo en charla inútil. Sólo para satisfacer mi vanidad, y dado que los cien mil dólares de la Embajada soviética se me han ido a las nubes por culpa de una tontería, le ruego que conteste a una pregunta: la condenada lista de nuestros agentes, ¿estaba usted dispuesto a entregarla?

—Sí.

—¿Habría yo podido conseguirla?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un instante.

El rostro de Allen adquirió una expresión de sorpresa recelosa. En silencio presenció cómo Musgrave arrojaba al suelo su cigarrillo consumido y aplastaba la colilla con el pie.

—¿Hace un instante? —repitió.

—La lista estaba oculta en uno de mis cigarrillos —dijo Musgrave lentamente—. Precisamente en el que me acabo de fumar ante sus narices, so idiota, cochino traidor, ¡maldito inepto! ¡Menudo favor nos ha hecho desertando de nuestras filas! ¡Librarse de usted bien vale mi muerte!

Allen reaccionó como si recibiera un latigazo. Se precipitó hacia adelante blandiendo el revólver y golpeó con él la mandíbula del agente. Musgrave cayó; primero de rodillas, luego de bruces.

Jadeando, mascullando furiosas imprecaciones, Allen le contempló un momento. Luego se volvió a Noemi y le entregó el arma.

—Vigílale. No creo que recobre el sentido enseguida, pero vigílale. Voy a buscar lo necesario… para…

Salió precipitadamente. La muchacha le oyó correr, subir la escalera… Una puerta batió. Otra. Pasos en la escalera de nuevo.

Allen reapareció con un rollo de cuerda. Confeccionó sin perder tiempo un nudo corredizo. Alzó la vista para examinar el arco que, adornado con arabescos, dividía en dos piezas la habitación. Colocó una silla debajo del arco, trepó a ella, pasó la cuerda por uno de los calados de la piedra y comprobó que resistía su peso.

—Vuelve en sí —dijo entonces Noemi, casi en un susurro.

Su padre se precipitó hacia Musgrave para asegurarse de que, si bien gemía y se había movido, se hallaba lejos de estar consciente. Cargó con él y lo llevó a la silla. Introdujo su cabeza por el nudo corredizo. Afianzó la cuerda con dificultad, sosteniendo al hombre para que no cayera al suelo.

Cuando hubo terminado, sin titubear, apartó la silla de un puntapié.

Musgrave quedó bruscamente colgado por el cuello. Pataleó débilmente. La cuerda se había hincado en su carne. Las venas se hinchaban en sus sienes. El rostro se le tornaba azul. Espumarajos de baba mojaban sus labios.

El espectáculo semejaba hipnotizar a Allen, mientras que, con

una exclamación de horror, Noemi se volvía y se cubría con las manos la cara…

CAPÍTULO XIV

Al abrir la puerta, Gunther quedó paralizado, mudo, por la fantástica escena que presenciaban sus ojos. Sintió hielo en las venas, y un estallido de cólera salvaje en el corazón.

El cuerpo de Musgrave, suspendido de una cuerda, experimentaba pequeños sobresaltos. Su cara violácea, la lengua que asomaba entre sus dientes, su vaporosa expresión, lo hacían casi irreconocible.

Noemi y Johnny Allen estaban delante de él. Ambos se estremecieron violentamente al oír la puerta.

Era la muchacha quien se hallaba más próxima a Gunther. Fue la primera en advertir en qué monstruo de ferocidad se convertía aquel hombre de aspecto burgués. Abrió la boca, pero no consiguió articular un sonido. Intentó huir. El puño de Gunther partió, fulgurante, y la alcanzó en el mentón. Noemi salió disparada, tambaleándose, girando sobre sí misma; dio contra la pared y cayó al suelo.

Allen, que estaba desarmado, emprendió la fuga. Un revólver de cañón corto apareció entre los dedos de Gunther. Ladró. Gunther supo que la bala había atinado el blanco, alguna parte del blanco. No obstante, Allen consiguió ganar la puerta y desaparecer.

El agente comprendió que no podía seguirle: prestar ayuda a Musgrave era de muy superior urgencia. Cogió la silla inmediata y, subido en ella, cortó la cuerda de un balazo. El cuerpo de Musgrave se abatió. Gunther, con manos febriles, desciñó la cuerda de su cuello, le desabrochó la camisa, le dio masaje un instante y procedió a practicarle la respiración artificial.

Transcurrieron unos minutos.

Gunther, empapado en sudor, interrumpió su tarea para verificar el estado de su camarada. Observó complacido que era un estado satisfactorio. Musgrave respiraba regularmente por sí mismo, se le

había descongestionado el rostro y tenía en los ojos entreabiertos un brillo de conciencia.

—¿Puedes oírme?

La respuesta fue un trabajoso susurro:

—Sí… ¿Estamos muertos?

—Ha dependido de unos segundos que no lo estuvieras tú. Ésta no es ocasión de recriminarte, pero ¿por qué no me has esperado para dar el golpe?

—No había tiempo que perder… He supuesto… que la chica te explicaría… Estos trabajos corren de mi cuenta, Johnny.

—Con el resultado aquí visible —replicó amargamente Gunther —. Debo dejarte. Warren ha escapado.

—Vete —asintió Musgrave—. Estoy bien.

No estaba bien, pero hizo un esfuerzo enorme para levantarse e instalarse en un sillón. Su cabeza era un hervidero de zumbidos y dolores. No podía mover el cuello. Respiraba con dificultad. Sentía todos los músculos del cuerpo agarrotados.

Le fallaron las fuerzas apenas Gunther se hubo marchado. Permaneció inmóvil, hundido en el sillón, casi del todo inconsciente, durante un intervalo cuya extensión le pareció inmensa. Pero luego notó positivo alivio. Al recobrar plenamente los sentidos consiguió sacar su pitillera y, con una vaga sonrisa, encender un cigarrillo. Fumar, y recordar en qué circunstancias había fumado por última vez, le dio una confortante sensación de aplomo.

Entonces vio a Noemi Allen. Estaba todavía en el lugar donde el golpe de Gunther la había derribado. No había vuelto en sí: era un pingajo sin gracia, con los miembros en forzada posición, la ropa en desorden.

Musgrave abandonó el sillón y, con paso poco firme, Se acercó a ella. No estaba muerta, como en principio había supuesto. Una de sus manos mostraba ligeras convulsiones. Sus párpados temblaban.

El agente regresó al sillón. Antes, empero, recogió del suelo su pistola, que había quedado abandonada en el curso de los anteriores incidentes. Y cuando, algún tiempo después, Noemi se recobró lo suficiente para percatarse de lo que ocurría en derredor, cuando se levantó apoyándose pesadamente en la pared, la pistola de Musgrave la estaba encañonando.

—Ya sé que no esperabas volver a verme hasta el infierno —dijo él—. Pero la horca no siempre mata.

Ella le miraba con horror. Se había ya dado cuenta de que estaban solos, salvo la compañía del cadáver de Bazuk.

Articuló:

—¿Qué vas a hacer?

Su mandíbula mostraba la huella del puño de Gunther. Una metamorfosis se había operado en su persona. Era como si su extraño atractivo se hubiese rasgado, a la manera de un velo, dejándola desnuda. Seguía siendo bella. Pero de una belleza malsana, en la que lo diabólico había cobrado absoluto valor. De una belleza repelente…

—¿Qué voy a hacer? —dijo Musgrave. Estaba sentado en el sillón, y ella en pie contra la pared, a escasa distancia—. ¿Qué ibais a hacer vosotros conmigo? Te previne a tiempo de que este juego es peligroso, ¿no?

—Sí, Boyd —la voz de Noemi parecía la de una niña—. Lo sé desde el comienzo: es peligroso.

—Tu padre y tú habéis jugado y perdido.

—También lo sé.

Sonó un clic. Musgrave había retirado el seguro de su pistola.

Noemi adivinó de pronto lo que iba a pasar. Su respiración, precipitada por la angustia, hizo subir y bajar precipitadamente su pecho.

—¡Tú no harás eso, Boyd!

—¿Estás segura?

Ella buscó con la mirada los ojos de él. Los encontró. Leyó el veredicto inapelable.

—¡No!

Crispadas las manos en la garganta, trató de retroceder a lo largo de la pared. Llegó hasta la puerta en cuya cerradura estaban puestas las llaves, pisando casi el cadáver de Ibrahim Bazuk.

—¡Quieta!

La muchacha gimió:

—¡Boyd! ¡Boyd, escúchame! ¿Has perdido la memoria? Boyd, te he besado… ¡como nunca había besado a nadie! Trata de recordar. Tú y yo podríamos ser felices, Boyd.

—He pensado todo eso.

—¿Entonces?

Musgrave suspiró profundamente. En el suelo, delante de él, estaba la cuerda con que Allen había pretendido ahorcarle. La miró. Noemi siguió la dirección de su mirada.

—Podríamos ser felices si yo fuera otro hombre y tú otra mujer. Así no. No hay esperanza. Todo ha acabado.

La joven sollozó. Los sollozos desgarraron su grito:

—¡Dispara de una vez, si has de hacerlo! ¡Pero te quiero, Boyd! ¡Esto no lo borrarás matándome! Soy cobarde, soy miserable, ¡despréciame! porque no tengo la fuerza suficiente para oponerme a la voluntad de mi padre, ¡porque no puedo librarme de su maligna tiranía! ¡Y sin embargo, te quiero, Boyd! No espero que lo entiendas… ¡Dispara!

Musgrave estaba blanco como el papel.

—Lo siento —murmuró.

Iba a apretar el gatillo. Iba a hacerlo.

Sus dedos se agarrotaron.

No. No pudo. «Vamos», pensó. «¿Qué ocurre? Estos trabajos corren de mi cuenta…».

¡No pudo!

Cerró los ojos. El recuerdo le inundaba el alma, quemaba sus sentidos como fuego. La había imaginado exactamente igual: esbelta, tensa, nerviosa, con un temblor de vida y un calor de pasión que se transmitían a través de su pequeña blusa. Lo que no imaginó era lo demás, el vértigo, el vacío. Como si veinte años de TNT estallaran en su boca.

Tenía que ser verdad: ella le besó como nunca había besado a nadie.

—¡Vete! —exclamó, de pronto. Mantenía los ojos rabiosamente cerrados. No quería verla. No quería ver su propia, su nauseabunda debilidad. Toda la vida había odiado aquello. Toda la vida se odiaría por aquello. Pero lo otro hubiera sido aún peor—. ¡Vete, maldita seas! ¡Vete y no te cruces nunca más en mi camino! ¡Huye antes de que vuelva Gunther! ¡Búrlate luego de mí, pero vete!

La oyó moverse.

¿Qué hacía?

Un segundo. Dos.

Musgrave abrió los ojos. En aquel instante, la muchacha gritaba:

—¡Imbécil!

Era un grito de triunfo. Aprovechando la ocasión que se le brindaba, había cogido la automática que antes encajara en la mano de Ibrahim Bazuk. Musgrave no quería ver a Noemi Allen, no quería ver a la Noemi Allen, a quién había besado en el umbral del *bungalow*. No la vio. Tenía delante a un diablo de ojos llameantes y risa sarcástica, convulsionado el cuerpo por la furia del mal.

La automática escupió fuego sin que el hombre hubiera reaccionado de su sorpresa. Musgrave sintió el impacto, seco, mordiente, en alguna parte de su torso.

Con aquello sí reaccionó. Ahora ya todo era distinto. Matar o morir. Su vida o la de aquella criatura endemoniada.

Apretó el gatillo.

La bala alcanzó a Noemi entre los dos ojos. Musgrave vio a la muchacha agostarse, secarse, consumirse en fracciones de segundo, sintiendo al mismo tiempo que algo se consumía también para siempre dentro de él. Ella le había llamado imbécil, y lo fue, pero sabía que volvería a hacer lo que hizo si llegaba a repetirse el caso. Sólo que nunca se repetiría. No con Noemi Allen, que agonizaba a sus pies.

Había sido inútil tratar de evitarlo. Musgrave se sintió aplastado por un peso asfixiante. Tuvo que apartar la mirada de la muchacha, pero apartarla le ayudó poco a resistir.

—Tú lo has buscado —dijo, como si ella pudiera oírle. Y añadió en un susurro—: Duerme bien, querida.

Cuando volvió a mirarla, Noemi había recobrado su belleza infantil, su gracia alada, lo más puro de su encanto… ¿Una mujer diabólica? ¿Siquiera una mujer? Los últimos instantes, ¿fueron acaso un sueño?

Era una niña. Una niña muerta.

En algún lugar fuera de la casa hubo un breve staccato de disparos. Musgrave no denotó haberlo oído. No se movió del sillón.

Sentado en el sillón, lívido, rígido, le encontró Gunther al regresar. Gunther estaba satisfecho.

—Warren llevaba ya plomo en el ala y no podía ir lejos —anunció—. No ha ido lejos: hasta el arroyo nada más. Espero que alguien retire su cadáver antes de que se descomponga y eche a perder el agua y… Eh, Boyd, ¿no te sientes bien aún?

Musgrave mintió:

—Sí.

Se llevó la mano al costado y la retiró tinta en sangre.

—¿Herido?

—Una tontería. No moriré de esto, descuida.

Había habido amargura en sus palabras.

Súbitamente, Gunther comprendió: acababa de advertir que Noemi ya no estaba donde él la derribara.

Dio un paso hacia ella y vio la automática en su mano y el sangrante orificio entre sus ojos.

Acudió a sostener por el brazo a su camarada, que empezaba a levantare del sillón.

—Operación de castigo, Boyd —dijo sordamente—. Estos trabajos, ¿no es así? son de tu incumbencia.

—Vámonos —replicó Musgrave.

Gunther anduvo junto a él hasta la puerta que conducía al vestíbulo. Allí, el agente herido se detuvo en seco.

—¿Qué hace usted en esta casa? —preguntó con aspereza.

En medio del vestíbulo, bajo la lámpara recargar da de arabescos, grave, muy serena, estaba Ulma Strauss.

—Me ha servido de guía —respondió Gunther por ella—. Yo no conocía el lugar.

—¿Era necesario que asistiera a esto?

Ulma dijo con voz firme:

—Lo era, señor Musgrave. Para mí era necesario.

—¿Por qué?

La joven se encogió de hombros.

—Las razones de una mujer no siempre las entiende un hombre. Pero mañana renunciaré a mi cargo. Volveré a Europa en el primer avión.

Musgrave pasó por delante de ella y salió al exterior. Notó que la cerradura de la puerta principal había sido hábilmente forzada: obra de Gunther.

Éste dijo:

—He hablado con Downing. Convendría partir cuanto antes.

El hedor a sangre no se había esfumado del aire nocturno. Nunca se esfumaría.

Una aguda punzada en el costado le cortó a Musgrave la

respiración. Ahogó un gemido. Murmuró:

—Cochino oficio.

—Olvídalo, Boyd.

—No puedo… Allen era amigo de ella. Un buen amigo de ella.

Gunther rió quedamente.

—¿Tú te figuras que esa chica ha venido por Allen?

—¿Por quién si no?

—¿Estás ciego, idiota? Ha venido por ti…

Ulma salía en aquel momento de la casa.

Cuando, llevándola al lado, Musgrave echó a andar hacia la carretera, tuvo sin saber por qué el presentimiento de la aurora. Miró al cielo. Era negra noche aún.

Pero habría una aurora. La había siempre, para todos los hombres.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





N.° 583 Nacido en Irlanda, hace 38 años; Richard está casado con la actriz Catherine Boale. De entre sus films, destacan "Rob Roy", "Alma en tinieblas" y "La luz brilló dos veces".

Foto WARNER BROS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $4